ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

EPÍLOGO DE UNA HISTORIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS SAN JUAN Y ALCOCÉR.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

EPÍLOGO DE UNA HISTORIA.

EPÍLOGO DE UNA HISTORIA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS SAN JUAN Y ALCOCÉR.

Estrenada con aplauso en el Teatro de la COMEDIA, la noche del 19 de Abril de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFÍA	SRA LIRON (D.ª Enriqueta).
JULIA	SRA. ALVAREZ DE HERNANDO.
AGUILAR	SR. MATA.
FERNANDO	SR. MAZA.
DON PEDRO	SR. ALISEDO.
ALFREDO	SR. RODRIGUEZ.
TORRENTE	SR. BENAVIDES.
EL BARON DE..	SR. GALÉ.

La accion, contemporánea, se supone en una quinta de recreo muy próxima á Madrid.

Las indicaciones de derecha é izquierda entiéndanse con referencia al actor.

Á SU BUEN AMIGO

EL EXCMO. SEÑOR

MARQUÉS DE GOICOERROTÉA,

---

en testimonio de cariñoso respeto y cordial gratitud,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Sala-galería de una elegante quinta, con vistas y escalera al jardin, en el foro, y dobles puertas laterales. En primer término, á la izquierda, un confidente colocado de frente al espectador; otro y velador á la derecha; sobre el velador un álbum y recado de escribir.

Muebles de lujo, estátuas, jarrones y flores.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, sentada en el confidente de la derecha, hojea el manuscrito de un drama.

¡Qué trama tan ingeniosa;
qué rasgos tan atrevidos;
qué interesante la fábula
y qué discreto el estilo!
No sé qué hay en estas páginas;
mas tienen tal atractivo
sobre mí, que si una vez
en ellas los ojos fijo,
el alma sigue á los ojos
como los ojos al libro,
y se embelesa y aspira
un bienestar infinito,
cual pobre flor á quien presta
vida el matinal rocío.

¡Qué grato es saborear
los pensamientos escritos
del bien amado! ¡Cuán dulce
hallar aquí los latidos
de su corazon; las tiernas
impresiones que al divino
soplo de la inspiracion
su alma pura habrá sentido,
trasladadas al papel
con encantador aliño!
¡Oh! quien así escribe y siente
de aplauso y ternura es digno;
y si esta vaga inquietud,
y estos ardientes suspiros,
y este inexplicable afan
y estos sueños peregrinos
de hondo amor nacen, amor
muy hondo es este que abrigo
para Fernando, pues siempre
tengo su recuerdo vivo
en mi inquietud y en mis sueños,
y en mi afan y en mis suspiros.
(Viene Sofía por la primera puerta de la izquierda. Julia se levanta y corre á besarla.)

ESCENA II.

SOFÍA y JULIA.

SOFIA. ¡Hola, hija mia!
JULIA. Mamá!
SOFIA. Aún sin vestir? Los amigos
van á llegar y...
JULIA. No importa.
SOFIA. Qué dices?
JULIA. Aunque vivimos
tan próximas á Madrid,
á esta quinta hemos venido
á gozar la libertad
del campo sin el martirio
de la etiqueta...
SOFIA. Con todo,

ciertos dias es preciso...

JULIA. Bien; me vestiré. Si vieras
con cuánto gusto he leido
este drama! Qué ternura,
mamá; qué brillante estilo!
Verdad que tiene Fernando
mucho talento?

SOFIA. Clarísimo:
es un jóven excelente
y de los más distinguidos
que he tratado. No conozco
esa obra que á los amigos
va á leernos hoy, y tengo
convencimiento muy íntimo
de que ha de satisfacer
á todos.

JULIA. Creo lo mismo.
Bien dices tú; no hay ninguno
entre nuestros conocidos
que á él se iguale.

SOFIA. Poco á poco;
que yo no he sentado juicio
tan absoluto. Fernando
vale mucho, lo repito;
pero hay otros... Aguilar,
por ejemplo, es un cumplido
caballero, y tiene prendas
que le hacen tambien muy digno
de gran aprecio...

JULIA. No dudo...

SOFIA. Sólo há dos meses que vino
á casa, por vez primera,
y por eso no has tenido
ocasion de conocerle
bastante.

JULIA. Pues ya le estimo
mucho: sin saber por qué,
me inspira un interés vivo
la vaga melancolía
de aquel semblante sombrío.
Será, tal vez, desgraciado?

SOFIA. Huérfano desde muy niño,

sólo en la tierra, Aguilar
halla en su vida el vacío
que sienten las almas nobles
al perder los más queridos
seres. Fatigado, triste,
cual errante peregrino
que cruza un mundo desierto,
de su pecho, que está henchido
de amor y ternura, siente
que se apodera el hastío,
sin tener á quien consagre
su existencia y su cariño.
Si encuentra una mujer digna
de rendirle su albedrío,
un corazon que responda
á los amantes latidos
del suyo, verás entónces
cómo, alegre y expansivo,
en dulce y risueño torna
su rostro, ahora sombrío.

JULIA. Pues si eso pretende, claro
que le será bien sencillo...

SOFIA. Él es jóven y es apuesto;
es inmensamente rico;
tiene talento, hidalguía,
valor... cuanto en su capricho
pudiera exigir la dama
de gusto más esquisito.
No dudo, pues, que habrá muchas
que apuren mil atractivos
para conseguir la gloria
de ver al galan cautivo
en las amorosas redes;
mas no es Aguilar tan niño
que le ofusquen resplandores
de engañosos artificios;
y bien suceder pudiera
que, á pesar del heroismo
con que aspire á la victoria
tanto adalid femenino,
no alcance ninguno de ellos
el laurel apetecido;

que *son muchos los llamados*
y pocos los escogidos.

JULIA. Difícil triunfo!

SOFIA. Y brillante;
porque Aguilar es un tipo
de perfeccion que no abunda
en la época que vivimos.

JULIA. Es verdad. (Medita. Breve pausa.)

SOFIA. (Ya reflexiona.)

JULIA. Y él haría un buen marido...

SOFIA. Sí.

JULIA. (Quién sabe?)
(Nueva pausa; sigue meditando.)

SOFIA. Pero estamos
perdiendo un tiempo preciso.
Vamos ..

JULIA. Aún es pronto; déjame...

SOFIA. No tardes, pues. (Buen indicio;
quiere pensar. Nos hallamos
á la mitad del camino.)
(Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

JULIA, dejando el manuscrito sobre el velador y sentándose despues en el confidente de la izquierda.

Si me ocultará mamá
algun secreto muy íntimo?
Habla de Aguilar con tal
elogio y tan decidido
interés!... Y, bien pensado,
no sería un desatino...
Ella es viuda y aun es jóven;
él jóven, apuesto y rico;
si ambos simpatizan, nada
más fácil... ¿Habrá tenido,
al par que intencion, rubor
de revelarme?... Lo mismo
me sucede á mí; jamás
hállo momento propicio
para fiarle el secreto

de mi amoroso cariño.
(Quédase pensativa, y aparece D. Pedro en la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

JULIA y D. PEDRO.

JULIA. (Si yo una vez me atreviera...)
PEDRO. (Hola! Qué estará pensando?)
JULIA. (¡Ay, Fernando!)
PEDRO. (Este Fernando
no será aquel de Antequera.)
Ejem! (Tosiendo.)
JULIA. ¡Mi abuelito aquí!
(Sale á su encuentro.)
PEDRO. Estorbo?
JULIA. Qué niñerías!
PEDRO. Parece que discurrías...
En quién pensabas?
JULIA. En tí.
PEDRO. (¡Cáscaras!)
JULIA. Qué hay que te asombre?
PEDRO. Nada; si es muy natural...
JULIA. Claro.
PEDRO. Sólo encuentro mal
que me hayas cambiado el nombre.
JULIA. (¡Ay, Dios! Yo estaba soñando...)
PEDRO. Mas nada de extraño tiene
el *lapsus*: lo mismo viene
á ser Pedro que Fernando;
¿eh?
JULIA. (Desentendiéndose) Buen humor gastas hoy.
PEDRO. Sí.
JULIA. Y has dormido de veras!
PEDRO. Pues si espero hasta que hubieras
avisado tú, me estoy
en cama una eternidad.
JULIA. Sí fuí; pero descansabas
como un bendito; roncabas
con una tranquilidad!.
PEDRO. ¡Qué yo roncaba!

JULIA. Á placer.
PEDRO. Con la boca abierta?
JULIA. Cierto.
PEDRO. (Eh! qué tal? Estoy despierto
desde ántes de amanecer.
Si uno no fuera tan ducho...)
Conque dime...
JULIA. Dormilon!
PEDRO. (Se escapa de la cuestion;
esta niña sabe mucho.)
JULIA. Y vienes hecho un *Adan*!
(Arréglale el lazo de la corbata.)
PEDRO. Pero aclarar no consigo...
JULIA. Calla y deja!
PEDRO. (Cuando digo
que sabe más que Brijan!)
Gracias. Estás muy bonita!
JULIA. Burlas?
PEDRO. Te encuentro hechicera:
si cierto galan te viera...
JULIA. Abuelo!
PEDRO. Picaroncita!
JULIA. Vaya!...
PEDRO. Qué gesto de agraz!
Quieres ocultarme?...
JULIA. Nada.
PEDRO. Mira; ya estás colorada.
JULIA. Dale!
PEDRO. Te vende la faz.
Aunque tu malicia es mucha,
he descorrido su velo,
y no me engañas.
JULIA. Abuelo!
PEDRO. Gazmoña! (Siempre con mimo.)
JULIA. Jesús!
PEDRO. Escucha.
Hoy, á poco de asomar
el alba anunciando al dia,
tu abuelo, que no dormía,
te ha visto el lecho dejar.
La respiracion ahogando,
y evitando el menor ruido,

muy suavemente te has ido
hácia el jardin deslizando.

JULIA. (Ah!)

PEDRO. Qué extraña novedad
te conducía en tal hora?...

JULIA. Iba... á ver salir la aurora.

PEDRO. Miren qué curiosidad!
De un árbol sentada al pie,
fija la vista en el suelo,
meditabas sin recelo
ni temor... yo no sé qué:
despues—esto maravilla!—
al alzar la vista...

JULIA. (Tímidamente.) Acaba!

PEDRO. Una lágrima vagaba
errante por tu mejilla;
lágrima que fué á espirar
en tus labios de zafiro,
como buscando un suspiro
que acababan de exhalar.
Aquella lágrima, dí,
¿que revelaba?

JULIA. (Dios mio!)

PEDRO. Aha! ya; sería el rocío
del árbol...

JULIA. Eso fué, sí.

PEDRO. Yo, de pronto, sospeché
que pudiera ser efecto
de... vamos... de algun afecto
íntimo...

JULIA. (Sonriendo.) Loco!

PEDRO. Por qué?
No fué mi sospecha cierta?
no amas?...

JULIA. Qué pesada broma!
Á tí.

PEDRO. Toma, toma, toma!
Pero habrá galan en puerta?
Habla: ¿qué daño barruntas?
No es el amor un delito:
amas tú?

JULIA. Mira, abuelito,

que tienes unas preguntas!...
PEDRO. Por qué eres tan reservada?
JULIA. No lo soy.
PEDRO. Contesta, pues.
JULIA. Pero, hombre de Dios, no ves
que me pongo colorada?
PEDRO. ¡Hola! confiesas al fin...
JULIA. Tú lo dices. (Con cierto embarazo.)
PEDRO. Es verdad.
JULIA. Y á mi edad...
PEDRO. Pues; á tu edad...
(¿Qué tal con el serafin!)
Y quién es?...
JULIA. (Suplicante.) Basta!
PEDRO. Termina:
¿quién es el galan que obtiene
tu... (Aparece Fernando en el foro.)
JULIA. (Con viveza y mal disimulada alegría.)
Mira: Fernando viene!
PEDRO. (¡Ay qué niña tan ladina!)

ESCENA V.

LOS MISMOS y FERNANDO.

FERN. ¡Señor don Pedro!
PEDRO. Fernando!
¡Cuánto placer!
FERN. Julia?...
(Estrechándole la mano despues que á D. Pedro.)
JULIA. Adios.
PEDRO. (Se han alterado los dos.)
FERN. Mamá bien?
(Julia contesta con un signo afirmativo.)
Y usted? (Á D. Pedro.)
PEDRO. Gozando
del campo, que es muy ameno.
Y qué hay por Madrid que importe?
FERN. Señor don Pedro, la córte
ofrece hoy poco de bueno.
Há un mes que no se ve allí (Intencionado.)
ni aun del sol el arrebol.

PEDRO. Calle! (Pues eso del sol
creo que no alude á mí.)
Y á usted no inspirará bien
en las tinieblas su musa?

FERN. Mi musa, segun se excusa,
huyó de Madrid tambien.

PEDRO. Sí, eh? Pero usted sabrá,
supongo, su paradero?

FERN. No estando en Madrid, infiero
que se halla en el campo.

PEDRO. (Con malicia.) Ya!

JULIA. (Ruborizada por las indirectas alusiones de Fernando.)
(¡Qué vergüenza!)

PEDRO. Y diligente
va usted en pos de su huella?

FERN. Pues.

PEDRO. Y cómo dar con ella
espera?

FERN. Muy fácilmente.
La musa que con enojos
busca el alma dolorida,
lleva, por ser conocida,
la luz del dia en sus ojos:
su aliento, que es virginal,
embalsama cuanto toca,
y oculta perlas su boca
entre fajas de coral.

JULIA. (Me sonroja!)

FERN. Donde el cielo
más pura su luz fulgure;
donde más blanda murmure
la brisa, y á par del suelo
sea más grato el ambiente,
más variados los colores,
más perfumadas las flores
y el agua más trasparente;
donde se pueda gozar
más encanto y poesía,
más luz y más armonía;
allí debe ella morar!

PEDRO. Hombre, ó yo no entiendo de eso,

que mi inteligencia ofusca,
ó la musa que usted busca
debe ser de carne y hueso,
y hasta con guante y sombrilla,
que habrá huido presurosa
por no sudar tanta prosa
en la coronada villa.
Pues ¡ojo! no aseste un dardo
que apague la ardiente fragua.

FERN. No.

PEDRO. Las musas con enagua
suelen dar cada petardo!...

FERN. Ingrata fuera en negarme
la luz de sus ojos bellos,
sabiendo que sólo en ellos
adoro...
(Muy marcado y dirigiendo una expresiva mirada á Julia, que se ruboriza y la esquiva volviéndose casi de espaldas.)

JULIA. (¡Van á apurarme!)

FERN. Que el alma pena y suspira
por una mirada amada...
(Breve pausa: D. Pedro observa á Julia.)

PEDRO. Conque por una mirada,
eh?... (Pues la musa no mira.)
(Se acerca á Julia y le dice á media voz, dándole una palmadita en el hombro.)
(Oye: tú te enteras?...

JULIA. (Secamente y tambien á media voz.) No;
y no seas importuno!)

FERN. (Se ha sonrojado.)

PEDRO. (Aquí hay uno
que sobra, y éste soy yo.)
Voy á mi cuarto un momento;
tengo allí algunos papeles...

FERN. Hasta luégo.

PEDRO. (Son noveles;
sin embargo, estaré atento...)
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

JULIA y FERNANDO: ella continúa de espalda fingiendo enojo, y él la contempla un instante sonriendo.

FERN. (Aún la turbacion le dura.)
JULIA. (Me va á pagar los sonrojos!)
FERN. (Acercándose.)
¿Por qué me oculta sus ojos
el ángel de mi ventura,
y empañan tintas sombrías
el cristal de su semblante?
Qué nubes tiene delante
el sol de mis alegrías?
JULIA. Dudas que inquietan su amor!
FERN. Yo alejaré tal recelo,
que no gusto ver el cielo
sinó en todo su esplendor.
JULIA. (Con dulce reconvencion.)
¿Cree el poeta galan
que le es dado en mi presencia
hablar con tanta vehemencia
y tan extremado afan
de esa ninfa fugitiva
cuya gracia le enloquece,
y en cuyas redes parece
que tiene el alma cautiva?
¿Piensa el vate, por ser tal,
que su calidad le excusa
si tiene amor á una musa
y lo finge á una mortal?
FERN. (Siempre cariñoso.)
¿Y no sabe, por acaso,
la que así me reconviene,
que tambien el mundo tiene
sus musas como el Parnaso?
¿Cree mi celosa ingrata,
que de perspicaz blasona,
que no es su misma persona
la musa que me maltrata?
Pues si en tal error se abisma

y de tal suerte se inquieta,
va á plagiar á un gran poeta
La celosa de sí misma.

JULIA. Sutilezas?

FERN. No hay doblez
cuando amor el alma enciende.

JULIA. Bien el reo se defiende!

FERN. Si acusa tan mal el juez!

JULIA. Pues si ablandarme barrunta,
se hace ilusiones risueñas.
Á ver; déme usted las señas
de mi cómplice presunta.

FERN. ¡Las señas!

JULIA. Con tal medida,
y suponiendo que usté
no ha de engañarme, sabré
si es verdadera ó fingida
esa incógnita rival.

FERN. Raro capricho!

JULIA. Rehusa?

FERN. No.

JULIA. Diga, pues, si la musa
es hermosa.

FERN. Sin igual!
Su belleza maravilla;
su donaire á amar provoca;
claveles bordan su boca
y azucenas su mejilla:
hebras de ébano en manojos
muestran sus airosos rizos;
dulce es y llena de hechizos
la luz de sus pardos ojos,
con que enamora y asombra;
y es su pestaña tan rara,
que tiene siempre á la cara
medio envuelta entre la sombra.

JULIA. Donosa ninfa será.

FERN. Tan donosa como bella!

JULIA. ¿La ama usted?

FERN. Rendido!

JULIA. Y ella
¿le corresponde?

FERN. Quizá.
JULIA. ¿Cómo quizá!
FERN. No osaré...
JULIA. Poco su firmeza abona
galan á quien abandona
tan fácilmente la fe!
FERN. (*Con dulzura, sin verdadero resentimiento.*)
Mal ayuda á esa virtud
dama que de su galan
responde al amante afan
con notoria ingratitud,
y á cariñosos antojos
opone fieros desvíos,
negando á los ojos mios
la casta luz de sus ojos!
JULIA. Qué impostura!
FERN. Mi contento
nubló su rigor ingrato!
JULIA. Cuándo y dónde?
FERN. Há poco rato,
en este mismo aposento,
al pedirla suplicante
una amorosa mirada...
JULIA. Siga usted!
FERN. Mostróse airada,
y hasta me ocultó el semblante!
JULIA. Ese fué el rigor impío?
FERN. Ese el que mi duda infunde.
JULIA. Ingrato! Pues no confunde
el rubor con el desvío!
FERN. Mi bien!
JULIA. Cuidado otra vez!
FERN. Si es una broma inocente.
JULIA. Pues tenga el reo presente
que no hay bromas con el juez!
FERN. Perdon! En fe de que ha sido
involuntario el agravío,
besará humilde mi labio
la mano del ofendido.
JULIA. Fácil pena se aplicó!
FERN. La doblaré.
(*Tomando la mano de Julia, que ésta retira con vi-*

veza.)

JULIA. Qué osadía!
Uno no más.
(Presentásela y la besa Fernando; al mismo tiempo aparece D. Pedro.)

FERN. Vida mia!

ESCENA VII.

LOS MISMOS y D. PEDRO.

PEDRO. Bien!

JULIA. (Mi abuelito!)

PEDRO. Tableau!
(Pausa. Julia y Fernando, visiblemente turbados, no se atreven á mirar á D. Pedro; éste avanza.)
Está bien! Eso es del drama?

JULIA. Pues; un ensayo...

PEDRO. Ya veo.
Y la escena, segun creo,
será de galan y dama?

JULIA. Sí...

PEDRO. Los amores sencillos
me encantan!

FERN. Ha oido usté?...

PEDRO. Algo: desde allí escuché
los últimos *bocadillos.*

FERN. (¡Ah!)

PEDRO. Y está la escena escrita
con un fuego extraordinario!

FERN. Señor don Pedro!...

PEDRO. Canario!
si hay calor en la escenita.
Y bien dicha! Ustedes son
dos artistas muy notables!
Qué soltura... y qué admirables
detalles de ejecucion!

JULIA. De veras? (Con falsa alegria.)

PEDRO. Sí.

JULIA. Qué fortuna!

PEDRO. Finges de un modo que encanta!
Tú eres ya más... *comedianta*

que la misma Rita Luna!

JULIA. Bah!

PEDRO. Proseguid...

JULIA. No, señor;
aquí queda interrumpida
la escena por la salida
del traidor.

PEDRO. ¡Hay un traidor!

JULIA. Un oso! un hombre cruel
que se opone á los amores
de...

PEDRO. ¡Qué diantre de traidores!
(Me han repartido un papel.)
Pero, decid algo más...

JULIA. Si se corta de repente
la escena!

PEDRO. Pues la siguiente:
yo haré de traidor; verás.

JULIA. Tú!

PEDRO. Cabal.

JULIA. No seas tonto!

PEDRO. Y no temas que me pierda.
Ea; *mutis* por tu izquierda.

JULIA. No hay tal *mutis*.

PEDRO. Vamos pronto!

JULIA. Pero si nadie se va!

PEDRO. Sí!

JULIA. Que no!

PEDRO. Dale al molino!

JULIA. El traidor...

PEDRO. Si lo adivino
muy bien: el traidor, que está
de tanta discusion harto,
y ya de cólera brama,
coge del brazo á la dama
(Conduciendo á Julia hácia la primera puerta de la izquierda.)
y la mete en este cuarto.

JULIA. Y si le da un patatús?

PEDRO. La uncion!

JULIA. Qué atroz!

PEDRO. *Si es un oso!*

JULIA. Ella vuelve!
PEDRO. Y él, furioso,
le da un veneno!
JULIA. ¡Jesús!
(Huye asustada por la primera puerta de la izquierda: D. Pedro rie ligeramente.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO y FERNANDO, éste turbado. Pausa.

PEDRO. (Este á sí mismo se acusa.)
FERN. (Esperaré que él empiece.)
PEDRO. Conque, amiguito, parece
que al fin se encontró la musa.
FERN. Oh!
PEDRO. Le doy el parabien.
FERN. Señor don Pedro, quisiera
rogar á usted que me oyera
en calma un instante.
PEDRO. Bien:
hable usted.
FERN. Ante el respeto
que le debo, yo sería
culpable si ya, ni un dia,
le ocultára este secreto.
Honrado he nacido, y son
honrados mis sentimientos:
si usted en estos momentos
duda...
PEDRO. No tengo razon?
FERN. Don Pedro!...
PEDRO. El secreto sé
que usted revelarme intenta.
FERN. Pues bien; en él no hay afrenta
ninguna.
PEDRO. Corriente; y qué,
¿será plausible por eso
echar á una niña flores
y requerirla de amores
hasta devanarle el seso?
¿Será laudable ni humano

que usted, ducho en esa ciencia,
abuse de la inocencia...
para besarle la mano?

FERN. Ese habrá sido el mayor
pecado que he cometido.

PEDRO. No es flojo!

FERN. Ni ha merecido
tan extremado rigor.
El beso que mi embeleso
grabó en su mano, lo juro,
fué un beso inocente y puro.

PEDRO. Digo si fué *puro* el beso!

FERN. ¿Y quién resiste mirando
aquella casta hermosura
y aquel?...

PEDRO. Vaya una frescura!
Está usted desatinando!
Por esa doctrina rara,
uno puede, á su placer,
besar á cualquier mujer
que tenga linda la cara?

FERN. No he sentado tal desbarro.

PEDRO. Sí, segun usted, no hay más;
en siendo bonita, ¡zás!
un beso á boca de jarro.
Me gusta! Tales ideas
no caben ni aun en teoría:
¿no ve usted que eso sería
horrible!... para las feas?
En fin; dejemos aquí
de discutir este punto,
y vamos á nuestro asunto:
ama usted á Julia?

FERN. Oh! sí;
la adoro! Jamás brilló
tan pura y tierna la llama...

PEDRO. Suprima usted cómo la ama,
que eso ya lo he visto yo.
Desde cuándo?

FERN. El alma mia
se abrió á estos castos amores
al verla, como las flores

al primer albor del dia.
PEDRO. Fué un rayo!
FERN. Ni aun los antojos
gocé de mirarla en calma,
porque la ví con el alma
primero que con los ojos!
Si esta pasion que arde en mí
á usté y la Condesa bella
no agrada, con mi querella
partiré lejos de aquí;
pero si logro en mi ruego
el inefable placer
de aspirar á merecer
el ángel que adoro ciego;
jóven soy; todo lo alcanza
quien con fe y amor combate:
yo tengo fe, y aquí late
una amorosa esperanza!
Águila ráuda seré;
si el mundo es círculo estrecho
á la ambicion de mi pecho,
á otro mundo volaré;
é invocando su memoria
combatiré denodado
hasta volver abrumado
de honores, riqueza y gloria!...
Perdone usted si me explico
con tan amantes excesos.
PEDRO. (Es poeta hasta los huesos!
Y qué lástima de chico!) (Breve pausa.)
FERN. ¿Nada á la demanda mía
responde!
PEDRO. (Ya está difunto.)
Caballerito, este asunto
se zanja!... en la Vicaría.
FERN. Cómo!...
PEDRO. Como manda Dios.
Si usted con la chica sueña
y ella en amarle se empeña,
¿quién va á poder con los dos?
FERN. Apoya usted?...
PEDRO. Yo no digo...

pero usted es buen muchacho;
ella no le muestra empacho...
en fin, cuente usted conmigo.

FERN. ¡Ah!

PEDRO. Les doy mi bendicion.

FERN. Gracias por tantos favores!

PEDRO Verdad que algunos traidores
tenemos buen corazon?

FERN. Bah!

PEDRO. Pero no hay que aturdirse;
estas cosas aconsejan
gran calma, y áun así dejan
lugar para arrepentirse.

FERN. Duda usted?...

PEDRO. (Sonriendo.) Qué disparate!
Chito! mamá suegra es esa.
(Indicando á Sofía, que viene acompañada de Aguilar.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, SOFÍA y AGUILAR.

FERN. Á los piés de usted, Condesa.

SOFIA. Adios, inspirado vate.
(Se estrechan afectuosamente la mano, y lo mismo D. Pedro y Aguilar.)

AGUIL. Don Pedro!

PEDRO. Hola!

AGUIL. Qué frescura!

PEDRO. Aquí de pellejo mudo!

FERN. Adios, Aguilar.

AGUIL. (Abrazándole.) Saludo
la jóven literatura!

SOFIA. Y por dónde entró, señores,
que no nos han anunciado?...

FERN. Por el jardin.

SOFIA. Bien pensado:
vino usted pisando flores!
Pues yo incienso no he de dar
hoy á su naciente fama:
como no me guste el drama,

cuente que lo he de silbar.

FERN. Y yo de tales agravios
estaré enorgullecido,
porque tambien un silbido
puede honrar en ciertos labios.

SOFIA. Bien!

FERN. Ademas, usted fué
quien, á mi pesar, tal fiesta
dispuso: si hoy le molesta,
que es fácil, cúlpese usté.

SOFIA. Á mis ruegos, es verdad,
al fin ha condescendido;
pero se me ha resistido
con una tenacidad!...

AGUIL. El mérito suele ser
modesto, y no siempre accede...

FERN. Ustedes se engañan...

SOFIA. Puede;
pronto lo vamos á ver.

PEDRO. Y cuándo tendrá lugar
el acto?...

SOFIA. Así que almorcemos,
cuando ya todos estemos
reunidos...

PEDRO. Pues voy á dar
primero mi paseito
de costumbre.

AGUIL. Eso conviene:
el que vive con higiene...

PEDRO. Es que perdió el apetito.
(Se dispone á marchar.)

SOFIA. Va usted solo? No es discreto...

PEDRO. Hoy ando sin embarazo.

FERN. Saldré yo con él. El brazo. (Ofreciéndoselo.)

PEDRO. Gracias. (Me gusta mi nieto.)
(Vánse por el foro.)

ESCENA X.

SOFÍA y AGUILAR.

SOF'. (Tomando asiento y ofreciéndoselo tambien á

Aguilar, en el confidente de la izquierda.)
Conque estábamos?...

AGUIL. Decía
que tengo miedo á un fracaso,
porque fundo en este paso
la única esperanza mia.

SOFIA. ¿La única! Podría ser?...

AGUIL. Tal mi desencanto avanza,
que si hoy pierdo esa esperanza,
no tengo más que perder.
Jóven, lleno de deseos
y libre al volar del nido,
tambien, Condesa, he rendido
culto á locos devaneos.
Cuantos placeres soñé
para halagar mis encantos
juveniles, otros tantos
hasta la esencia apuré:
y en el ciego desvarío
de aquel temporal deshecho,
yo mismo engendré en mi pecho
las tristezas del hastío.

SOFIA. Lo creo: la juventud
más rebelde al fin conoce
que no hay dicha sin el goce
tranquilo de la virtud:
buscarla entónces concierta;
pero, sin fe ni denuedo,
ya en el umbral, tiene miedo
de hallar cerrada la puerta.

AGUIL. Esa es hoy mi situacion:
sólo á la virtud aspiro,
porque sólo en ella miro
mi puerto de salvacion;
mas aunque con fe tan pura
ferviente culto le ofrezco,
dudo si acaso merezco,
Condesa, tanta ventura.

SOFIA. Sólo el delito es cobarde,
y aquí delito no ha habido.

AGUIL. No; mi mayor falta ha sido
amar el bien algo tarde.

SOFIA. Pues deje dudas sombrías
que alejan su confianza,
y abra el pecho á la esperanza
de más venturosos dias.

AGUIL. Sí.

SOFIA. Deudas son de la edad.
De la vida en el balance,
¿qué hombre hay á quien no le alcance
un saldo su mocedad?
Yo perdono de buen grado
juveniles extravíos;
y aun más: á los ojos mios
le abona á usted su pasado;
pues un estudio profundo
me enseña, sin que me asombre,
que para esposo no es hombre
tan malo el hombre de mundo.

AGUIL. Tal vez.

SOFIA. Así, sin pesar
le escucho, y aun con placer,
segura de que ha de ser
usted marido ejemplar.

AGUIL. ¡Oh!

SOFIA. Mas, sin esta creencia,
le oyera con duro ceño;
que el bien de Julia es el sueño
dorado de mi existencia.

AGUIL. Y el más constante tambien
del alma que la pretende.
De usted, Condesa, depende
acelerar ese bien.

SOFIA. Pues si es en pos del destino
que mejor al hijo cuadre,
con alas vuela una madre
para abreviar el camino.

AGUIL. ¡Cuánta bondad!

SOFIA. Es deber. (Se levantan.)
(Noble corazon encierra!)

AGUIL. (No hay ángeles en la tierra
si no es uno esta mujer.)

SOFIA. Hoy mismo será enterada
de este plan, que aún ella ignora.

AGUIL. En breve, sí.
SOFIA. Voy ahora
á anunciarle la llegada
de usted.
AGUIL. Una observacion:
¿sabe usted si algun ensueño
fantástico no es ya dueño
de aquel tierno corazon?
SOFIA. ¿Recela usted!...
AGUIL. Nada arguyo;
es que, en mi amorosa idea,
aspiro á que mi bien sea
reflejo no más del suyo.
SOFIA. Tan niña, nada presiente...
AGUIL. Pudiera ocultar sus daños.
SOFIA. Aguilar, á los veinte años
aún el pecho es transparente:
yo al de Julia interrogué
no há mucho, y de su respuesta
colijo lo bien dispuesta
que se halla en favor de usté.
Su recelo, pues, destruya
si ella le otorga la palma;
que no se hallaría otra alma
tan vírgen como la suya.
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

AGUILAR.

¿Qué misterioso poder,
qué dulce embelesamiento
ejerce sobre mi ser
el irresistible acento
de esta hechicera mujer!
Si ella de su libre estado
las tocas no ha de rendir,
¿por qué aparece á mi lado
cual fantasma del pasado
que anubla mi porvenir!
Ilusion arrobadora

que fuiste del alma un dia
la soberana señora;
¿por qué aún pretendes ahora
reinar en la mente mia!
¿Por qué á callar no te avienes
en tu secreta prision
y airada me reconvienes!
¿Qué más deseas, si tienes
por cárcel mi corazon!
Calla, pues, y no hagan brecha
en mi piedad tus enojos;
vive en tu cárcel estrecha,
ó sal de una vez deshecha
en lágrimas de mis ojos!

ESCENA XII.

AGUILAR y ALFREDO, el BARON y TORRENTE, que vienen por el foro.

ALF. Hola! Ya está por acá
el famoso americano?
AGUIL. Oh, señores!
ALF. Esa mano!
AGUIL. Soy de ustedes.
(Estrecha la mano del Alfredo, despues la del Baron, y por último la de Torrente.)
BARON. ¿Cómo va?
AGUIL. Muy bien. Señor de Torrente?
TOR. Siempre suyo, amigo mio.
AGUIL. Qué tal? No hay hoy desafío?
TOR. Uno he dejado pendiente.
AGUIL. Vamos!
TOR. Así me divierto.
AGUIL. No alabo la diversion:
ahí tiene usted al Baron,
que goza sin reñir.
BARON. Cierto.
Yo nunca fuí contumaz,
ni de valiente hago alarde;
y si me llaman cobarde,
respondo: «cierto,» y en paz.

TOR. (Pues!)
ALF. Usted ansiando ver
á nuestra bella Condesa,
eh? Pícaro, cuánta priesa!
AGUIL. No; ya tuve ese placer.
BARON. Hoy le amaneció el sol pronto.
ALF. Ventajas del potentado.
AGUIL. El sol no es interesado,
amigo.
BARON. Cierto.
AGUIL. (¡Habrá tonto!)
ALF. Señores, no hay traza alguna
de competir con rival
tan dichoso: es el mortal
mimado de la fortuna.
Jamás en su giro vario
dejó de favorecerle;
hasta el sol, por complacerle,
sale ántes que de ordinario.
AGUIL. (Necio!)
ALF. Quién va á competir
con hombre tal?
BARON. Cierto es eso.
ALF. Sí, señor, moderno Creso;
de usted es el porvenir;
y lo merece en verdad;
yo confieso...
AGUIL. Pues á fe
que usted me aventaja...
ALF. En qué?
No veo...
AGUIL. En... verbosidad.
ALF. Eso no es sino favor
que recibo de su labio.
TOR. (Bajo á Alfredo.)
(Yo creo que eso es agravio:
le ha dicho á usted *hablador*.
ALF. Cómo!
TOR. Con mucho desden.
Tírele usted á la cara
el guante!
ALF. Si me constára!...

Ya usted me conoce bien!)

BARON. Pero don Pedro y Fernando,
que todavía no vienen?. (Llegan por el foro.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, D. PEDRO y FERNANDO.

PEDRO. Presentes! aquí nos tienen
ustedes, hombre, jadeando.
Usted cree que yo puedo
correr ahora lo mismo
que un muchacho? El reumatismo
y los años...

ALF. No concedo.
Está usté en su mocedad,
segun la cara revela.

PEDRO. Pues: eché la última muela
el dia de Navidad.
(Figurando arrojarla de la boca. Risas.)

TOR. Pero hay valor todavía!

PEDRO. Eso sí; ni los rigores
del tiempo ni otros dolores
pueden doblar mi energía.

BARON. Es cierto.

PEDRO. Yo soy así;
no hay rayo que me derribe!
Pero ¿por qué no recibe
esa Condesa?

BARON. Héla aquí.
(Aparece Sofía: Alfredo, el Baron y Torrente se aproximan como á estrechar su mano, y ella los contiene amistosamente.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS y SOFÍA, al final JULIA.

ALF. La reina de esta mansion!

SOFIA. Una reina destronada,
á quien dejan olvidada
en este humilde rincon.

ALF. Nunca!
BARON. Jamás!
SOFIA. Sola, en fin,
estuve ayer todo el dia.
ALF. Perdone usted; yo tenía
que acabar un folletin.
SOFIA. Urgía su conclusion?
ALF. Era para hoy; juzgue usté.
SOFIA. Siendo de esa suerte, habré
de otorgarle mi perdon. (Le da la mano.)
Y usted, señor de Torrente?
TOR. Un lance de honor!...
SOFIA. Dios mio!
Cada dia un desafío!
Usted peca mortalmente.
TOR. Qué he de hacer? Soy tan buscado!
SOFIA. Cómo quiere usted que yo
le tienda mi mano?
ALF. Oh!
Désela usted sin cuidado;
él fué padrino no más.
SOFIA. Si está de sangre sediento!
ALF. Eso sí; son su elemento
los duelos... de los demás.
(Sofía estrecha sonriendo la mano de Torrente.)
SOFIA. Falta saber todavía
qué disculpa dá el Baron.
BARON. Señora, una reunion
que tuvo la mayoría.
Para marchar de concierto
en todo, el gobierno intenta
saber con qué votos cuenta.
SOFIA. Y usted le dió el suyo.
BARON. Cierto.
ALF. El Baron no se desbanda
jamás, y obra cuerdamente:
para ser independiente
hay que servir al que manda.
SOFIA. Alfredo, más caridad!
BARON. No importa que satirice.
SOFIA. Muy bien.
(Le estrecha la mano y se sienta en el confidente

de la derecha.)

PEDRO. (Este simple dice
alguna que otra verdad.)

ALF. Conque hoy la noble Condesa
nos honra?...

SOFIA. No; yo mercedes
no dispenso: son ustedes
quienes van á honrar la mesa
de esta pobre solitaria,
que les ofrece, en albricias
de tal favor, las delicias
de una sesion literaria.

ALF. Encantadora fineza!
Quién esa fiesta rehusa,
si la preside la musa
del ingenio y la belleza?

BARON. Cierto.

SOFIA. Almorzaremos, pues,
y á los postres leeremos
el drama...

ALF. Que escucharemos
con el mayor interés.

SOFIA. En esa grata esperanza,
y evitando más testigos,
sólo cité á los amigos
de mi mayor confianza.

ALF. Y basta.

SOFIA. Su amistad fiel
me consta evidentemente,
y ellos dirán francamente
su juicio al autor novel.

ALF. Sí; todos con fe leal,
y aun con cierta competencia,
le diremos en conciencia
nuestra opinion imparcial.
Despues, en tiempo oportuno,
yo le haré, si es necesario,
la crítica...

PEDRO. En qué diario
escribe usted?

ALF. En ninguno.

SOFIA. Cómo! Y aquel folletin?...

ALF. Con él hacía mi prueba;
pero el director reprueba
la idea, y no sale al fin.

AGUIL. Lástima grande!

ALF. Es un ente,
y cree que eso no cabe...

SOFIA. Si trataba de algo grave...

ALF. No; de modas solamente. (Risas.)

SOFIA. Será que no se conforma
con algun traje...

ALF. Colijo
lo mismo; porque me dijo
que había allí *mala forma.*

PEDRO. (Lo creo.)

SOFIA. Pobre señor!

ALF. En fin, á mí no me altera...

PEDRO. Claro.

ALF. De cualquier manera,
yo no he sido el inventor.
(Nuevas risas. D. Pedro se sienta en el confidente de la izquierda, Sofía, en el de la derecha, hojea el manuscrito que Julia dejó sobre el velador; Aguilar y Fernando permanecen de pie á un lado, y Torrente se retira al opuesto con Alfredo.)

TOR. (Ap. con Alfredo.)
(Si quiere usted, esta tarde
iré yo mismo en su nombre
á desafiar á ese hombre.

ALF. Al director? Es cobarde;
no se ha batido jamás.

TOR. Nosotros le obligaremos!

ALF. Para qué?... Le dejaremos
vivir unos dias más.) (Continúan en voz baja.)

FERN. (Es posible? (Ap. con Aguilar.)

AGUIL. Decidido:
si el ángel que me enajena
no es insensible á mi pena,
cáteme usted ya marido.

FERN. Celebraré cordialmente...

AGUIL. Porque me consta su afecto
hablo á usted de mi proyecto,
quizá prematuramente.

FERN. Yo le agradezco el honor.
AGUIL. Soy justo)
SOFIA. (Sobresaltada.) (¿Qué leo aquí!)
AGUIL. (Y ya sabe usted que en mí
tiene su amigo mejor.)
(Se estrechan la mano.)
SOFIA. (¿Será un sueño!)
(Se restrega los ojos como para cerciorarse mejor de lo que lee, y continúa con la mayor ansiedad.)
AGUIL. (Pero ¡qué!
no quiere usted preguntar
el nombre?...
FERN. Debo esperar
que me lo revele usté.
AGUIL. Ella está aquí.
FERN. La Condesa?
AGUIL. Fuera ventura no poca;
más tiene apego á la toca
de su viudez; no, no es esa.
FERN. ¡Entónces!... (Con inquietud.)
AGUIL. No se le alcanza?...
Pues ella viene á este lado.
(Puerta primera de la izquierda.)
FERN. ¡Julia!
AGUIL. Julia.)
FERN. (Desdichado!)
AGUIL. (Cómo!)
(Sorprendiendo el sentimiento de Fernando.)
FERN. (Murió mi esperanza!)
AGUIL. (Tal vez!...)
(Asaltado, con espanto, de una idea. Aparece Julia.)
SOFIA. (Ah! pierdo el valor!
(Con desfallecimiento y soltando el manuscrito.)
JULIA. Mamá! (Corriendo con todos en auxilio de Sofía.)
AGUIL. Condesa!
PEDRO. Hija mia!
SOFIA. Agua!
ALF. Pronto!
(Indicando al Baron que vaya á buscarla)
BARON. Voy!
(Váse apresuradamente por la izquierda.)

PEDRO. Sofía!

AGUIL. (¿Qué pasa á mi alrededor!)

(Hondamente preocupado.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, ALFREDO, el BARON y TORRENTE.

Fernando sentado en el confidente de la izquierda y tristemente abstraido; los demas de pie, formando grupo en el lado opuesto.

ALF. Veo que no dan ustedes
en el *quid*; que no penetran...
mas yo tengo buen olfato;
los hombres de mi experiencia
cazamos al vuelo.
BARON. Y qué?
ALF. Apuesto cien contra ochenta
á que hubo en aquel desmayo
alguna causa secreta,
alguna intriga...
TOR. ¡Una intriga!
BARON. Pues?...
ALF. Ustedes no recuerdan
haber observado nada
de extraño, en medio de aquella
confusion, en el semblante
de Aguilar?

TOR. Sí, la sorpresa...
BARON. Cierto.
ALF. No es *cierto*, Baron:
aquella faz descompuesta,
aquel aspecto sombrío
y aquella inquietud, revelan
algo más que un sentimiento
de admiracion.
BARON. Cierto.
ALF. Vuelta?
¿En qué quedamos! Tan pronto
afirma usted como niega.
BARON. Cierto.
ALF. Dale!
BARON. Cierto, digo,
que hay discordancia...
TOR. (Confiesa!...
Truenos y rayos! Este hombre
no tiene sangre en las venas!)
ALF. Veamos si el buen Fernando (Acercándosele.)
opina de igual manera
que yo.
FERN. (De pie.) No entiendo...
ALF. Se trata
de nuestra amable Condesa;
de aquel súbito accidente. .
FERN. Sí; lo recuerdo con pena.
ALF. Es muy natural.. (El lance
le ha venido á aguar la fiesta
de la lectura...) Pues yo
asistí como en tinieblas
al almuerzo, sin la luz
de esa refulgente estrella,
espejo de amigas fieles
y gloria de la belleza.
BARON. Eso mismo digo yo.
TOR. (Es claro.)
ALF. Pero aquí llega
don Pedro, que nos dará
nuevas de la ilustre enferma.
(Sale D. Pedro por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

LOS MISMOS y D. PEDRO.

PEDRO. Sí, señor; dichosamente
las traigo muy lisonjeras.
ALF. Albricias!
PEDRO. Pasó el desmayo
sin dejar la menor huella
en la paciente, y ya pronto
la tendrán aquí repuesta
del caso como si nada
acontecido le hubiera.
ALF. Saldrá hermosa como sale
el iris tras la tormenta.
BARON. Es cierto.
PEDRO. La pobrecilla
siente hondamente la pena
de haber alarmado á ustedes
con el suceso, y lamenta
no haber podido prestarles
su compañía en la mesa.
ALF. Oh! las nubes en que á todos
nos tuvo envueltos su ausencia,
no resistirán al dulce
placer de volver á verla.
BARON. No.
ALF. Daremos un paseo
por el jardin mientras llega
el instante venturoso
de gozar de su presencia.
PEDRO. Eso iba yo á proponerles
en su nombre, pues proyecta
salir á aspirar el puro
ambiente...
ALF. Feliz idea!
La admiraremos brillando
allí entre sus compañeras
las flores, no tan lozanas
y seductoras como ella.
TOR. (¡Parlanchin!)

ALF. En marcha, pues!
PEDRO. Divertirse.
BARON. Usted se queda?
PEDRO. Iré más tarde.
ALF. Y Fernando,
no viene?
FERN. Vamos. (La pena
me ahoga!) (Vánse por el foro.)
PEDRO. (Parece que este
barrunta ya la tormenta.)

ESCENA III.

D. PEDRO.

Buena, buena se la están
armando al autor poeta!
Y á mí? Despues que ofrecí
apoyar la amante empresa
de Fernando, ahora mi hija,
que ignora el caso, se empeña
en que he de ser yo, yo mismo
quien con la niña interceda
para que acepte gustosa
la pasion rendida y tierna
de Aguilar, que es un buen mozo,
sí señor, y de soberbia
posicion, y de excelentes,
excelentísimas prendas;
pero que le hará á la chica
igual gracia que si fuera
la imágen abigarrada
de alguna deidad chinesca.
Bonita cara pondrá
el serafin cuando sienta
la banderilla! Y gracias,
gracias que á mí no me arredran
suspiros ni lagrimitas,
ni nervios ni pataletas.
Ya sabe ella que yo soy
inflexible; que bajo esta
apariencia de bondad

y de mansedumbre alienta
una voluntad de hierro,
inexorable!... Prudencia!
(Viendo llegar á Julia por la primera puerta de la izquierda.)
Dominaré estos arranques
hasta probar si á las buenas...

ESCENA IV.

D. PEDRO y JULIA.

JULIA. Saludo á su señoría.
PEDRO. (Siempre de chunguita y fiesta.)
Y mamá?
JULIA. Ya está repuesta
completamente, y me envía
á darte conversacion
un rato.
PEDRO. Sí?
JULIA. Como infiere
que estás solo...
PEDRO. (Vamos, quiere
facilitarme ocasion...)
Mas tú no verás con calma
que por mí te haya privado?...
JULIA. Yo estoy siempre bien al lado
de mi abuelito del alma.
PEDRO. Gracias. Pues siéntate acá:
(Se sientan en el confidente de la izquierda.)
ya que testigos no habemos,
hablemos los dos...
JULIA. Hablemos.
De qué va á ser?
PEDRO. Ahí está! (Pausa breve.)
Hermosa mañana!
JULIA. Pues.
PEDRO. Está el jardin que da gozo!
JULIA. Es verdad.
PEDRO. Yo me remozo
viviendo aquí.
JULIA. Verdad es. (Segunda pausa.)

PEDRO. Gran cosa el campo!
JULIA. Gran cosa!
PEDRO. (Es un loro.)
JULIA. (Algo medita.)
PEDRO. Y corre aquí una brisita
deliciosa.
JULIA. Deliciosa.
PEDRO. No quema el sol.
JULIA. No, no quema.
PEDRO. Casi agrada.
JULIA. Sí que es grato.
PEDRO. Oye: sabes que hace rato
que no salimos de un tema?
JULIA. Ya veo.
PEDRO. ¡Por Belcebú!
JULIA. Aquí estamos divagando...
PEDRO. Pues hablemos... de Fernando,
¿eh?
JULIA. Si lo deseas tú...
PEDRO. No hay dificultad?
JULIA. Ninguna:
yo solo ansío agradarte.
PEDRO. Pues.
JULIA. Ni ha podido asaltarte
idea más oportuna.
PEDRO. Miren!...
JULIA. Sin hipocresía;
no temas que la deseche.
PEDRO. (Veremos cuando yo te eche
aquel jarro de agua fria.)
JULIA. Bien merece á la amistad
un recuerdo él, que es tan fiel...
PEDRO. *Él*! Quién?
JULIA. Quién puede ser *él*
sino Fernando?
PEDRO. Es verdad.
Pero hay otro por aquí...
JULIA. (Distraida.)
Tan juicioso, tan prudente!
PEDRO. Muy guapo...
JULIA. Muy consecuente...
PEDRO. Y muy rico.

JULIA. ¿Rico!
PEDRO. Sí.
JULIA. Rico Fernando! De cuándo?
PEDRO. Digo Aguilar.
JULIA. Qué salida!
Pero, abuelo de mi vida,
si hablábamos de Fernando!
PEDRO. Aha!
JULIA. No confundas, por Dios!...
PEDRO. Te diré: como van juntos
siempre...
JULIA. Sí.
PEDRO. Y hay ciertos puntos
de contacto entre los dos...
JULIA. Es posible.
PEDRO. Porque él es
un bravo mozo.
JULIA. Completo.
PEDRO. Arrogante...
JULIA. Muy discreto...
PEDRO. Y de talento.
JULIA. Ya ves:
hace dramas tan bonitos!...
PEDRO. ¿Aguilar esos *belenes*!
JULIA. Fernando! Mira que hoy tienes
la cabeza á pajaritos!
PEDRO. Chocheces...
JULIA. Si hace un instante
que tú mismo me has propuesto
que hablásemos...
PEDRO. Por supuesto.
JULIA. Pues sigamos adelante.
Si tú en ello nada pierdes...
PEDRO. No.
JULIA. El tema es grato...
PEDRO. Justo.
JULIA. Y yo lo escucho con gusto.
PEDRO. Pues, hija mia, *están verdes*!
JULIA. ¿Que están verdes!
PEDRO. Sí; no hay más;
y aunque tú te lo propongas...
JULIA. Cómo!

PEDRO. Que *no te compongas,*
hija, *porque ya no vas.* (Se levantan.)
JULIA. Pero...
PEDRO. Se acabó la viña!
JULIA. De confusiones me llenas!
PEDRO. Se acabaron las escenas
del galancete y la niña!
JULIA. ¿Qué dices!
PEDRO. Es muy sencillo:
que ya no habrá más floreos,
ni guiños, ni cuchicheos,
ni amores de tapadillo!
JULIA. ¡Oh!
PEDRO. Ni habrá musas!
JULIA. Qué horror!
PEDRO. Ni citas chiticallando!
JULIA. Aha! Si estás representando
aquel papel de traidor!...
PEDRO. ¿Cómo traidor!
JULIA. Ya se ve.
PEDRO. No, no te sirve el anzuelo.
Le está á usté hablando su abuelo,
¡su abuelo! lo entiende usté?
JULIA. Ni pizca siquiera; nada.
PEDRO. No la madeja se enrede!...
JULIA. Mas ¿qué sucede?
PEDRO. Sucede...
que estás *enfernandizada*!
JULIA. Enfer... qué?
PEDRO. ¿Quieres burlarte!
JULIA. Hombre, por Dios, hazte cargo...
PEDRO. Nada, nada; yo me encargo
de *desenfernandizarte*!
JULIA. No entiendo...
PEDRO. Pues hablo fuerte!
JULIA. Sí, con un gesto de agraz!...
PEDRO. ¡Yo gesto!
JULIA. (Con fingido sentimiento.) Si eres capaz
de dar un susto á la muerte!
PEDRO. ¡Susto! (Maldita rudeza!)
Oye! (Alarmado y con mimo.)
JULIA. Si me inspiras miedo!

PEDRO. (Está visto que no puedo
dominar esta fiereza!)
Ea! olvidémoslo todo.

JULIA. Eso; despues de afligirme!...

PEDRO. Te prometo corregirme
desde hoy.

JULIA. (Transigiendo.) Sólo de ese modo...

PEDRO. Ven acá! (Abriéndole los brazos.)

JULIA. Vaya el perdon.

PEDRO. Así! (Abrazados.)

JULIA. (Ya no refunfuña.)

PEDRO. (Pobrecita! Por la uña
ha conocido al leon!) (Corta pausa.)
(Acariciándola.)
Tontuela! Te has asustado.

JULIA. Eres terrible conmigo!

PEDRO. Adios. (No dirá el amigo
que no se la he preparado.)
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA V.

JULIA.

Qué bueno es! Se pone fiero,
grita, rabia, desatina,
y siempre el pobre termina
por hacer lo que yo quiero.
Mas si no es ningun delito
mi amor, ni en él hay sonrojo,
¿qué razon tiene el enojo
de mi señor abuelito?
Bah! rarezas de la edad.
Dirá—claro—que se ofusca
mi razon, y que él no busca
sino mi felicidad:
dirá que los desengaños
enseñan y la experiencia,
sin ver que el amor es ciencia
que se aprende á los quince años;
y juzgará las más sanas
sus doctrinas ene migas...

Nunca hicieron buenas migas
los amores y las canas.
Señor, si es inconcebible...
Doctor ya lelo y convulso,
¿cómo ha de tomar el pulso
á un corazon?... Imposible!
No; no es el amor el centro
de las almas que naufragan:
ojos que tristes se apagan
ven mal lo escrito aquí dentro:
y aunque en su anhelo se arroben,
ya enturbiados sus cristales,
no descifran ojos tales
secretos de un alma jóven.
Sin embargo, debo andar
con gran aplomo y gran tino
en el asunto: imagino,
no sin causa, que Aguilar
se propone algun intento
que no me complacería.
(Aparece Aguilar en el foro.)
Aquí llega. No podría
venir en mejor momento.

ESCENA VI.

JULIA y AGUILAR.

AGUIL. Sola usté aquí?
JULIA. Sí, señor;
há un instante que se fué
el abuelito.
AGUIL. Ya sé
que mamá sigue mejor:
celebro...
JULIA. Repuesta al fin,
gracias al cielo, ya debe
salir pronto á dar un breve
paseo por el jardin.
AGUIL. Y usted con ella?
JULIA. Sí tal:
en su tierna compañía

hallo siempre mi alegría
mayor.

AGUIL. Es muy natural.

JULIA. Ella ilumina mi paso,
y ni la dicha más cara
de su lado me apartára
jamás.

AGUIL. Muy bien.

JULIA. (Por si acaso...)

AGUIL. Y á pesar de tal verdad,
sola usted ahora estaba,
y me parece que hallaba
placer en su soledad.

JULIA. Hay instantes obligados...

AGUIL. (Bien marcado.) En que suele ser recurso
muy grato dar libre curso
á ocultos y regalados
pensamientos...

JULIA. (Malo va:
no me gusta este camino!)

AGUIL. (Se ha turbado!) Yo imagino
que usted tambien los tendrá.

JULIA. Yo!...

AGUIL. Qué! Niña tan gentil
¿suspirará, acaso, ausentes
ciertos goces inocentes
de un corazon juvenil?

JULIA. No comprendo...

AGUIL. La verdad
le ruego.

JULIA. Pues yo no sé...

AGUIL. Vamos á ver: tiene usté
confianza en mi amistad?

JULIA. Sí señor, completamente.

AGUIL. Pues nada turbe su calma,
y abra usté el libro del alma
á este leal confidente;
que, mucho me engaño yo,
ó ha de haber, muy escondida,
una página sentida
que nadie jamás leyó:
y al pretender la merced

de su rápida lectura,
quizá mi idea asegura
la felicidad de usted.

JULIA. Cómo! (Concibiendo una grata esperanza.)

AGUIL. Si tal confidencia
me otorga, en mí ha de encontrar
quien le ayude á realizar
los sueños de su existencia.
Venga, pues, la suspirada
revelacion que armonice...

JULIA. Pero...

AGUIL. Sepamos qué dice
la página reservada:
sin rubor y con franqueza.

JULIA. Mas confesion semejante...

AGUIL. Vamos, iré yo delante
suavizando la aspereza.

JULIA. Bien; si usted procura abrir
fácil y grato camino...

AGUIL. Voy á probar si adivino
lo que usted no osa decir.
(Siéntase Julia en el confidente de la izquierda, por indicacion de Aguilar, y éste permanece de pie á su derecha, apoyada una mano en el respaldo.)
Feliz en su tierna edad,
bella, discreta y sensible,
siente usted un invencible
apego á la soledad.

JULIA. Tal vez. (Tímidamente.)

AGUIL. En esos momentos,
que dan encanto á la vida,
se halla usted como absorbida
en sus castos pensamientos;
que si, ráudos como el ave,
en invisible carrera
cruzan la azulada esfera,
usted de antemano sabe,
por los artes hechiceros
de una especial nigromancia,
dónde habrán de hacer estancia
los misteriosos viajeros.

Á veces, viva alegría
el ánimo le embelesa
súbita; y á veces, presa
de extraña melancolía
en su apacible retiro,
por esos labios de flores
vagan los tibios vapores
de algun ardiente suspiro,
que al remontarse á los vientos,
y sin que nadie lo entienda,
va hollando la misma senda
que hollaron los pensamientos.

JULIA. (Ah!) (Esquivando ruborosa la mirada de Aguilar.)

AGUIL. Cediendo á los antojos
de un secreto afan vehemente,
alza usted maquinalmente
al firmamento los ojos;
y al contemplar la mansion
celestial de los querubes,
ve usted flotar entre nubes
algo, cual una vision,
que los sentidos le pasma;
algo vago, inexplicable,
como el contorno impalpable
de algun seductor fantasma.
Inmóvil de asombro tanto,
muda, absorta, dulcemente
adormecida se siente
á influjo de suave encanto,
cual si de Dios la memoria,
que cielo y tierra sublima,
le hubiera á usté echado encima
todo el peso de su gloria!
(Julia va sintiéndose dominada por el acento de Aguilar.)
Mas ideas terrenales
son las que el alma le embeben;
y aunque los ojos se eleven
á regiones celestiales,
no á la Omnipotencia implora
con santo recogimiento;
usted en aquel momento

sólo admira y sólo adora
el ensueño arrobador
que los sentidos le pasma,
esclava de aquel fantasma...
del fantasma del amor!

JULIA. (Oh!)
(Ruborizada y confusa: Aguilar la contempla con pesar un instante.)

AGUIL. (¡Qué más triste certeza!)

JULIA. (Dios mio!)

AGUIL. (Sobreponiéndose á su pena.) Levante altiva
los claros ojos; arriba
la airosa y gentil cabeza!
Yo su secreto acerté;
mas ¿qué ser, en quien aliente
de vida un soplo, no siente
lo mismo que siente usté?
Desde el prócer altanero
al más humilde villano;
desde el águila al gusano
en su escondido agujero,
todos van de amor en pos:
ni existiría la tierra
sin ese amor que se encierra
en el aliento de Dios!

JULIA. (Cielos!)

AGUIL. (Pobre criatura!)

JULIA. (¿Cómo me habrá adivinado?...)

AGUIL. (Sería yo gran malvado
si atentase á su ventura!)
Ea! ya no hay que insistir:
(Adelantándose ambos al proscenio.)
ayudarla he prometido
en su dicha, y lo ofrecido
estoy ansiando cumplir.
Conque dejamos pactado?...

JULIA. Por mí...

AGUIL. Sí; nos uniremos
para ver cómo obtenemos
que ese fantasma adorado,
perdiendo su vaguedad,
tome cuerpo y forma cierta,

y aun aliente y se convierta
en dichosa realidad.

JULIA. Bien.

AGUIL. Tal vez, aunque esto asombre,
tome, al fundirse de nuevo,
forma de galan mancebo
que haga necesario un nombre.
Se llamará...

JULIA. (Interrumpiéndole.) No es urgente.

AGUIL. Fer...

JULIA. Más bajo; no acontezca!...

AGUIL. Teme usted?...

JULIA. Que se aparezca...
fantasmagóricamente. (Sonriendo.)

AGUIL. Es posible.

JULIA. Tiempo habrá
despues...

AGUIL. Bien; aún no es preciso...

JULIA. Ahora, con su permiso,
voy á abrazar á mamá.

AGUIL. Sí.

JULIA. Repito gracias mil... (Estréchale la mano.)

AGUIL. Oh!

JULIA. (Yo abrigaba temores!...)

(Váse por la primera puerta de la izquierda: Aguilar la sigue con la vista durante un corto momento.)

AGUIL. ¿Quién osa arrancar las flores
de un alma en su verde abril!
(Viene Fernando.)

ESCENA VII.

AGUILAR y FERNANDO, que saldrá á tiempo por el foro.

AGUIL. (Ella tambien me negó
la suspirada bonanza!...
Era mi última esperanza,
y tambien se marchitó.)
Hola, querido Fernando!

FERN. Adios.

AGUIL. (Sigue macilento.)

En este mismo momento
le estaba á usté recordando.
De mi proyecto naciente
deseo hablarle, y quisiera
que mi consejero fuera
quien es ya mi confidente.

FERN. (¡Esto más!)

AGUIL. Que aspiro sabe
á obtener la blanca mano
de Julia.

FERN. (¡Dios soberano!)

AGUIL. Y claro es que en mí no cabe
violentar la voluntad,
ni ser el tirano fiero
de la que tan sólo quiero
labrar la felicidad.
Mas de esa deidad prendado,
quizá apasionado ingnoto,
quema incienso algun devoto
en su altar inmaculado;
y fracasa mi intencion
si, por rubor ó respeto,
ella se guarda el secreto
de esa amante devocion.
Usted, que el trato frecuente
é íntimo de Julia goza,
no sabe?...

FERN. Yo?... (Me destroza
el alma!)

AGUIL. Nada presiente
de si ese ángel terrenal,
á humanas leyes sujeto,
hizo á alguno el dulce objeto
de su amor?

FERN. Y en caso tal,
¿usted con alma serena
á su plan renunciaría!...

AGUIL. No gustoso; mas sabría
dominar mi amarga pena.
Entibiado el fuego aquel
de los juveniles años;
curtido en los desengaños

de una experiencia crüel,
á quien ya perdió, quizás,
de su ventura los frenos,
¿qué es una esperanza ménos,
ni qué un desencanto más?

FERN. Pero al fin, si el corazon
al fuego de amor se inflama...

AGUIL. No arde en el mio la llama
de una amorosa pasion.

FERN. Pues Julia?...

AGUIL. De su belleza
soy admirador sincero;
á su candor hechicero
y á su virginal pureza
rindo culto muy leal;
pero en el amor del alma
conquistó ha tiempo la palma
una mujer ideal
que yo como en sueños ví
y que aún mi razon ofusca:
cuando el deseo la busca,
la encuentra aquí, sólo aquí! (En el corazon.)
Sombra ó fantasma no más
que me persigue y contrista,
quizá esa mujer no exista;
quizá no existió jamás!

FERN. ¡Un amor secreto!

AGUIL. Sí;
un amor que es un abismo!...
Oiga usted lo que yo mismo
quisiera olvidar de mí!
Quince años há que al azar
me ausenté del ardoroso
suelo nativo, ganoso
de un largo viaje por mar.
Henchido de gozo intenso,
en calma y con brisa grata
á bordo de una fragata
lancéme al piélago inmenso.
La Esperanza,
(Fernando se conmueve levemente el oir pronunciar este nombre.)

hermosa nave,
ligera y gallarda en suma,
hendía la blanca espuma
con la rapidez del ave;
y, de mi deseo en pos,
pronto nos vimos á solas
entre el mundo de las olas
y el alto alcázar de Dios.
Una noche, el alma abierta
á un afan desconocido,
pasaba yo embebecido
las horas sobre cubierta,
gozándome en admirar
con vivo é inquieto anhelo
las maravillas del cielo
y la majestad del mar.
De pronto, sin comprender
tal portento, allí vecina
me apareció repentina
la imágen de una mujer.
Hermosa, sin duda alguna,
jóven, pálida y llorosa,
á la luz de vagorosa
y melancólica luna,
de hinojos con tierna uncion
aquella mujer se hallaba,
y en sus labios palpitaba
férvida y sorda oracion.
Quién era, de suerte tal,
la misteriosa viajera?
Era un ser humano, ó era
una deidad celestial?
Cómo no la pude ver
ántes si á bordo venia?
En qué hechizo se envolvía
aquella extraña mujer?
Yo estaba sin movimiento,
sin osar ni aun respirar,
temeroso de turbar
tan santo recogimiento;
cuando mi asombro aumentó
de un hombre el confuso bulto

que, entre las sombras oculto,
rápidamente surgió.

FERN. (¿Qué oigo!)
(Escuchando con creciente interés.)

AGUIL. Siniestro, terrible,
con ronca voz destemplada
lanzó á la dama apenada
una imprecacion horrible;
ella intentó balbuciente
protestar; cortóle el vuelo
aquel hombre, y contra el suelo
la arrojó violentamente!

FERN. (Oh, sí!)

AGUIL. Tan menguada ofensa
toda mi sangre arrebata:
«Sólo un cobarde maltrata
á una mujer indefensa!»
—le dije.

FERN. Y él?...

AGUIL. El villano
una mirada insultante
me dirigió, y arrogante
me puso al rostro la mano!
¿Y yo al miserable audaz
no arranqué el último aliento!...
Quince años hace, y aún siento
que brota sangre mi faz! (Pausa breve.)
Ciego de enojo, iracundo,
alcé á aquel rival odioso
entré mis brazos, ansioso
de hundirle en el mar profundo;
mas, cortando de repente
la accion del sombrío drama,
lanzó aterrada la dama
un grito seco y ardiente...
de horror... de piedad... no sé...
quizá de amor infinito!...
raro, inexplicable grito
que jamás olvidaré! (Otra pausa.)
Airado el hombre mandó
que la mujer se alejára,
y quedamos cara á cara,

solos mi rival y yo.
Él soberbio, yo ofendido,
fué preciso á todo trance
un duelo, y en aquel lance
salí gravemente herido.

FERN. (¡Eso es!)

AGUIL. Desmayado, inerte
y sin cesar delirando,
tres dias pasé luchando
entre la vida y la muerte:
al siguiente de arribar
á puerto entreabrí los ojos,
y al punto tristes enojos
los volvieron á cerrar!
¿Qué fué de aquella vision!...
Ay! al preguntar por ella,
tan sólo encontré su huella
grabada en mi corazon!

FERN. Y no pudo usted saber
su estado, clase ni nombre,
ni los lazos que á aquel hombre
unían con tal mujer?

AGUIL. Nada he logrado indagar,
y en conjeturas me pierdo:
sólo sé que su recuerdo
tiene aquí dentro un altar!

FERN. Pero el enojo enconado
del terrible aparecido,
descubre en él un marido
celoso y arrebatado.

AGUIL. Sí!

FERN. Pues quizá el sentimiento
de su dignidad herida
llevó á la dama afligida
al claustro de algun convento.

AGUIL. Cómo!

FERN. Una idea ilusoria,
que no afirma ni concreta...

AGUIL. Mas...

FERN. Delirios de poeta!
Al relatar esa historia
usted con vivos colores,

yo he concebido en mi mente
aquella dama inocente,
que huyendo de los rigores
de un celoso visionario,
corre á buscar un asilo
en el recinto tranquilo
de algun claustro solitario.

AGUIL. Horrenda fatalidad!

FERN. Pero posible.

AGUIL. Ese acento
revela el convencimiento
que inspira la realidad!

FERN. ¿Quién sabe!

AGUIL. Me tiene usté
de mortal angustia presa!

FERN. Bah!...

AGUIL. Por favor!...

FERN. La Condesa!
(Figurando que la ve llegar por la primera puerta de la izquierda.)
Yo me retiro.

AGUIL. Por qué?
Teme acaso ser testigo?...

FERN. Adios. (Se estrechan la mano.)

AGUIL. Le está á usté temblando
la mano!

FERN. No...

AGUIL. Sí, Fernando;
no es usted franco conmigo:
usted y esa niña hermosa ..

FERN. Oh!

AGUIL Ya trataremos luégo...

FERN. Aguilar... yo se lo ruego:
hágala usted muy dichosa! (Váse por el foro.)

ESCENA VIII.

AGUILAR, y un momento despues SOFÍA.

AGUIL. Noble corazon, que así
pretende la dicha propia
sacrificar á la incierta

ventura del bien que adora!

SOFIA. Perdone el enamorado,
si importuna y enojosa
vengo á interrumpir su grata
soledad.

AGUIL. Sea en buen hora,
pues me causa gran placer
el ver que otra vez recobra
su alegría ese semblante,
sin una ligera sombra
del dolor que trocó en nieve
la púrpura de la rosa.

SOFIA. Aquello fué un pasajero
vahido...

AGUIL. Que en gran zozobra
nos tuvo.

SOFIA. Lo creo así,
porque en usted la lisonja
no cabe, ni la ficcion.
Pero ya estoy bien, y pronta
á tener con Julia aquella
conferencia...

AGUIL. Mucho importa
á mi ventura; mas temo
que al echar usted la sonda
en aquellla alma, en su fondo
descubra algo que se oponga
á nuestro plan.

SOFIA. Imposible.

AGUIL. ¡Imposible!

SOFIA. Tales cosas
no se escapan á los ojos
de una madre previsora.

AGUIL. Ay, Condesa!

SOFIA. Duda usted?

AGUIL. El corazon aprisiona
afectos y sentimientos
que nunca al semblante asoman,
unas veces por malicia,
por simple rubor las otras.

SOFIA. Oh! no es posible que Julia...

AGUIL. Quién sabe? Sencilla tórtola

nacida para el amor,
quizá llegan misteriosas
hasta su apartado nido
las quejas arrobadoras
con que un pecho enamorado
le pinta tiernas congojas.

SOFIA. Lo dice usted de tal modo!...

AGUIL. Inquiera usted cuidadosa
la verdad: si mis temores
son infundados, qué gloria
para mí! Mas si esa niña,
tan pura y encantadora,
dió albergue en su casto pecho
á una pasion amorosa,
digna de ella...

SOFIA. (Atajándole.) En ese caso,
soy su madre, y esto sobra.

AGUIL. Es verdad.

SOFIA. Con dudas tales
me ha puesto usted recelosa
á mí tambien; y pues Julia
se halla este momento á solas,
si usted me permite...

AGUIL. Sí.

SOFIA. Quiero salir de zozobras.

AGUIL. Es natural.

SOFIA. Entre tanto,
si á usted la impaciencia acosa...

AGUIL. La distraeré en el jardin.

SOFIA. Pues. Y perdone...
(Le tiende afectuosamente la mano.)

AGUIL. Señora!...
(Saluda y se retira por el foro.)

ESCENA IX.

SOFÍA.

¿Será cierto! El corazon
de esa niña candorosa
arde, quizá, en la amorosa
llama de oculta pasion!

Y nunca yo á sospechar
llegué!... Bah! necios desvelos!
amor vive de recelos;
recelos son de Aguilar.
No quiero ni presumir
el caso... Pobre hija mia!
Qué otro hombre le ofrecería
más risueño porvenir?
Feliz con él ha de ser
si á darle su mano accede,
que ese hombre la dicha puede
labrar de cualquier mujer.
Conyugales desacuerdos
no turbarán el encanto
de su paz... Ya estoy ¡Dios sant o!
engolfada en mis recuerdos.
Todo hoy parece avivar
en mí las tristes memorias
de infortunadas historias
que yo quisiera olvidar!
En vano busco la calma;
aquí, como aguda flecha,
sorda y eterna sospecha
me está lacerando el alma!
Ese Aguilar!... Qué locura!
Se trastorna y desvaría
mi razon! Eso sería
el colmo de la amargura!
Ofuscados mis sentidos,
en él la imágen hallaron
de un sueño!... Sí, sí; soñaron
mis ojos y mis oidos!
Yo arrancaré de raíz
esta ilusion de mi vida!
¿Qué ventura más cumplida
que ver á mi hija feliz!
Ya mi padre debió hablar
con ella, y habrá observado...
Veamos: me han inquietado
las sospechas de Aguilar.
(Váse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA X.

FERNANDO, en el foro.

Nadie. Terrible momento
que mi existencia lacera!
Valor! Será la postrera
vez que piso este aposento! (Avanza.)
Ay! al romper estos lazos
que eran toda mi alegría,
tú tambien, pobre alma mia,
quedarás hecha pedazos!
Mas si á vivir sin su amor
hoy te condena la suerte,
no sientas, alma, la muerte;
sin vida estarás mejor! (Ligera pausa.)
Mi último adios darle quiero,
y me faltan ¡ay de mí!
fuerzas. Su álbum está aquí;
él será mi mensajero.
(Siéntase junto al velador: busca en el álbum una página en blanco, y ya con la pluma en la mano, dice:)
Cuánta esperanza fallida!
Ea!
(Intenta escribir: se lo impide el dolor y exclama con amargura:)
Dios del firmamento!
Qué hondo brota el sentimiento
de la postrer despedida!
(Hace un supremo esfuerzo y escribe algunos renglones.)
Está bien: ¿para qué más!
Ella hojea con frecuencia...
Aquí viene!
(Figurando que la ve aproximarse por la primera puerta de la izquierda.)
Su presencia
podría!... Jamás! Jamás!
(Huye con apresuramiento por el foro, dejando abierto el álbum.)

ESCENA XI.

JULIA.

Me vió y escapa á correr
la escritura suspendiendo!
Aha! vamos; ya lo comprendo;
me querría sorprender,
quizá con un madrigal
de esos tan tiernos que él hace,
y sabe que á mí me place
leer. Veremos qué tal.
(Toma el álbum y lee.)
«Amor que es puro y honrado
jamás rehusa el suplicio
de ofrecerse en sacrificio
al bien del objeto amado.»
—¿Qué!...—«De ese ideal en pos,
hoy de esta casa se aleja
un amor que en llanto deja
bañado su último adios!»
(Asaltada de profunda y repentina pena, suelta el álbum, que queda abierto sobre el velador. Sofía y D. Pedro aparecen en el mismo instante por la puerta de la derecha, y corren presurosos y llenos de inquietud al lado de Julia.)

ESCENA XII.

SOFÍA, JULIA y D. PEDRO.

JULIA. Ay de mí, desventurada!
SOFIA. Julia?
JULIA. (Sin ver ni oir á nadie.) Mi ser desfallece!
PEDRO. (Caramba!)
(Toma el álbum, que habrá visto al salir en manos de Julia, y lee rápidamente para sí.)
SOFIA. (Á su lado ya.) ¿Qué te acontece!
Responde!
JULIA. (Echándose en brazos de Sofía.)
Madre adorada!

SOFIA. Hija!
PEDRO. Voto á Lucifer!
Ya su dolor no me admira.
SOFIA. Padre, ¿qué sucede!
PEDRO. Mira!
(Á media voz como para no ser oido de Julia, y presentando á Sofía la página del álbum, que ella lee instantáneamente, exclamando despues:)
SOFIA. (Dios mio! ¿Qué iba yo á hacer!)
(Llegan por el foro Alfredo, el Baron y Torrente.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, ALFREDO, el BARON y TORRENTE.

ALF. La tardanza prolongada
de ustedes ya nos ha puesto
en cuidado... Mas ¿qué es esto?
SOFIA. Nada, señores, no es nada.
PEDRO. Un vértigo...
TOR. ¡Voto va!
ALF. Buscaremos un doctor!
BARON. Yo mismo iré.
JULIA. No señor:
gracias.
(Sin desprenderse del todo de los brazos de Sofía.)
SOFIA. Ello pasará:
no hay aquí nada alarmante.
ALF. Será un acceso nervioso?
La oscuridad y el reposo
la aliviarán al instante.
BARON. Cierto.
SOFIA. Sí; con el permiso
de ustedes...
ALF. Usted lo tiene:
y si juzga que conviene
nuestra ayuda...
SOFIA. No es preciso...
ya pronto se hallará bien.
Vamos, hija mia.
PEDRO. (Ofrece el brazo á Julia.) Entremos.
SOFIA. Señores... (Saludando.)

ALF. (Id.) Celebraremos...
PEDRO. (No se ha armado mal *belen*!)
(Vánse por la primera puerta izquierda, apoyada Julia en los brazos de Sofía y D. Pedro.)

ESCENA XIV.

ALFREDO, el BARON y TORRENTE.

BARON. ¡Y van dos! No hay quien se explique
lo que pasa.
TOR. ¡Voto á Ceres!
ALF. Qué opina usted? (Colocándose en el centro.)
TOR. Que hay mujeres
que parecen de alfeñique!
ALF. Y qué más?
TOR. Yo más no sé.
ALF. Pues yo sí; yo he sospechado (Con misterio.)
que hay aquí gato encerrado.
BARON. Es posible?
ALF. Ya se ve:
sólo que en esta ocasion,
segun salió há poco rato
dando bufidos, al gato
se le ha escapado el raton.
BARON. No comprendo...
ALF. Pobre gente!
No han descubierto la treta...
TOR. Diga usted.
ALF. Entre el poeta
y Julia... ¡si está patente!
debe existir cierto afecto
secreto...
BARON. Creo que sí;
digo... me parece á mí
que puede haber en efecto...
ALF. La mamá habrá sospechado;
quizá los ha sorprendido...
BARON. Y por eso?... (Aparece Aguilar en el foro.)
ALF. El gato ha huido
y el raton se ha desmayado.

ESCENA XV.

LOS MISMOS y AGUILAR, que escucha desde el foro: al final SOFÍA.

AGUIL. (Qué habla este necio?)
BARON. Es decir
que no aprueba la Condesa?...
ALF. Ella aprobar!... Buena es esa!
Poco diera que reir
en la coronada villa
boda tan disparatada!
La Condesa emparentada
con un triste poetilla!
BARON. Ella es rica, y no la induce
al interés su decoro.
TOR. Amigo Baron, no es oro
todo aquello que reluce.
AGUIL. (Canalla!)
BARON. No murmurar.
Como la niña y Fernando
se quieran...
ALF. Sí; siempre y cuando
no se interponga Aguilar...
BARON. Sospecha usted que ese amigo?...
ALF. Le va siguiendo la pista.
TOR. Y á ese no hay quien se resista!
¡Millonario! conque... digo.
AGUIL. (¡Miserables!)
TOR. Luchará
el pobre poeta en vano.
ALF. Y eso que el americano
no tiene más prendas...
TOR. Cá!
Una alma sin fuego, helada!
BARON. Señores...
ALF. Siempre tan grave!
TOR. Apuesto yo á que no sabe
ni parar una estocada.
AGUIL. Es verdad.
(Avanzando con aparente calma hasta el centro de la escena. Alfredo se retira vivamente y receloso

al extremo derecho de la misma, dejando á su izquierda á Torrente y quedando Aguilar colocado entre éste y el Baron.)

ALF. (Nombrando al ruin...)

AGUIL. Soy un pobre hombre; un menguado,
que jamás ha ambicionado
los triunfos de espadachin.
Yo los duelos no concibo;
y soy tan débil y estulto,
que ni aun me ofende el insulto...
segun de quien lo recibo.

BARON. (Bien!)

AGUIL. (Con creciente calor.) Mas nunca un miserable,
hallándome yo presente,
calumniará impunemente
á una dama respetable:
y si alguno lo intentára,
ántes que tamaña mengua
sufrir, con su propia lengua
le azotaría la cara.

TOR. (Animado.) Caballero, si es un reto!...

AGUIL. Sé bien á lo que me obligo:
yo sostengo lo que digo
y cumplo lo que prometo!

TOR. ¡Armas, sitio!

AGUIL. ¿Está usted loco!
¡Un duelo!

TOR. ¿Le causa espanto?

AGUIL. Es que... ni usted vale tanto,
ni yo me tengo en tan poco!

TOR. Vive Dios!

ALF. (Envalentonado y acercándose á Aguilar.)
Pues no hay remedio:
ya las cosas de esta suerte,
es preciso un duelo á muerte.

AGUIL. (Con desprecio y sacudiendo del brazo violentamente á Alfredo, que, haciendo gestos de dolor, va á quedar junto al Baron.)
¡Fuera títeres de en medio!
(Siempre á Torrente.)
Quien á una dama difama
á sí propio se envilece,

y ni la alfombra merece
besar que pise esa dama!
Salga usted!

TOR. Marchemos, pues!

AGUIL. ¡Nunca!

TOR. Ya en cólera monto!

AGUIL. Salga usted, y salga pronto,
ó le echo yo á puntapiés!

TOR. Mil rayos!

BARON. (Interponiéndose.) Señores!...

TOR. Vamos!

AGUIL. Jamás!

TOR. Es usted prudente!

AGUIL. Agradezca solamente
el sitio en que nos hallamos!...

BARON. Más calma!

TOR. (Irónico.) No necesita
el señor que usted le guarde.

AGUIL. Canalla! (Pudiendo apenas contenerse.)

TOR. Si es un cobarde!

AGUIL. (Este hombre me precipita!)
¡Cobardía mi templanza!

TOR. Sí!

AGUIL. Pues bien!

(Enarbola furioso una silla, decidido á descargarla sobre la cabeza de Torrente: en el mismo instante aparece Sofía por la puerta de la izquierda y lanza un agudo grito de terror; Aguilar suspende la accion; vuelve rápidamente la cabeza, manifestando el mayor asombro, y clava su vista en la Condesa, quien á su vez quedará como petrificada ante la actitud y el gesto de aquel, todavía airado y amenazador. El Baron habrá procurado interponerse entre Aguilar y Torrente. Todo esto debe ser ejecutado con la mayor rapidez y precision.)

SOFIA. (Apareciendo.) Ah!

AGUIL. (Volviendo la cabeza.) (Dios bendito!)

SOFIA. (Esa faz!...)

AGUIL. (El mismo grito
de á bordo de *La Esperanza*!)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, el BARON y TORRENTE; los dos primeros juegan una partida de ajedrez, con el tablero sobre el velador, y el último la presencia de pie.

ALF. (Jugando.) Reina!
BARON. Bravo!
ALF. No hay remedio,
Baron; me la llevo.
BARON. Calma;
que juega usted demasiado
de prisa.
ALF. Tendría gracia
que fuera yo á devanarme
los sesos!...
BARON. Ya!
ALF. Qué bobada!
No es preciso ..
BARON. Tal vez si.
ALF. Veamos, pues, cómo salva
la reina
BARON. (Jugando.) Rey!
TOR. Jaquemate!

No tiene quite.

ALF. Caramba!
pues no sé cómo ha podido
suceder...

BARON. *Tendría gracia*
que se devanase usted
los sesos!...

TOR. Pues: *qué bobada*!

ALF. Señores, al más maestro
alguna vez se le escapa...

TOR. Es natural.

ALF. (Levantándose.) Pase usted
á ocupar mi sitio.

TOR. Gracias;
me encocoran esos juegos
en que los *mates* son chanza,
y queda el muerto tan vivo
como el matador.

BARON. (Levantándose tambien.) (Ya escampa!)

TOR. No gusto de simulacros,
y ménos hoy!

ALF. La pesada
jugarreta de Aguilar
aún, por lo visto, le exalta
la bilis.

BARON. Ya pasó aquello.

TOR. Cien bombas! Eso no pasa
jamás!

ALF. Tendrá que batirse!

TOR. Á muerte! Yo hallaré traza
de obligarle.

BARON. Pues, amigo,
vea usted cómo le saca
de sus casillas.

TOR. Oh!

ALF. Bah!

BARON. El mozo no es ningun mándria,
y pasa por tirador
de primera fuerza.

TOR. (Cáscaras!)

ALF. (Á Torrente.)
Calumnias! No dé usted crédito...

TOR. No; si eso á mí no me espanta.
ALF. Ni hay por qué.
TOR. Sentiré mucho
que no acepte...
ALF. (Ya se ablanda.)
Y cuando la ofensa es grave...
TOR. Yo amansé fieras más bravas!
ALF. Justo.
TOR. Por mi parte!...
ALF. (Malo!
Sospecho que no lo mata.)

ESCENA II.

LOS MISMOS y D. PEDRO, que sale por el foro.

PEDRO. Hola! ya se ha terminado
la partida comenzada?
Quién ha vencido?
BARON. La suerte
quiso ayudar...
ALF. La desgracia
fué causa de...
PEDRO. Ya comprendo:
causa de que usted llevara
algun revolcon...
TOR. Cabal.
ALF. Pero, señores, no basta
un juego para juzgar...
PEDRO. Pues decida la revancha:
yo supongo que el Baron
se presta...
BARON. Con vida y alma.
ALF. Preferiría el billar,
si usted quiere.
BARON. Limitada
es mi aficion; sin embargo...
ALF. (Excusas anticipadas.
Le voy á dar la paliza
del siglo!)
PEDRO. Pues ¡á la carga!
Entren ustedes, y luégo

iré yo á ver cómo sacan
las uñas.

TOR. (Me alegraré
que le zurre la badana
otra vez!)

ALF. Baron, estoy
á sus órdenes.

BARON. En marcha.

(Vánse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA III.

D. PEDRO.

Vayan benditos! Al ménos
estos se baten con armas
inofensivas. Dios quiera
que la contienda pasada
acabe en bien. Pero ¡quiá!
¿quién es el guapo que amansa
á ese jabalí. que todo
lo lleva á punto de lanza,
y que despanzurra á un prójimo
por quítame allá esas pajas?
Pues si el americanito,
como yo pienso, no es rana,
¡hum! va á haber más linternazos
que en el rosario de marras.

ESCENA IV.

EL MISMO y SOFÍA, por la primera puerta de la izquierda.

SOFIA. (Con inquietud.)
Qué hay, padre? Tiene usted ya
noticias?..

PEDRO. Ni una palabra:
se tragó al americano
la tierra.

SOFIA. Dios mio!

PEDRO. Calma,
mujer; no merece el lance

que le des tal importancia.

SOFIA. Y Fernando?

PEDRO. Ese tampoco
parece; pero si fallas
que haya de volver, la empresa
no es difícil: se la encargas
á la niña, y ya verás
qué pronto...

SOFIA. Quién sospechára
que ella?...

PEDRO. Serás mamá suegra
de un bardo!

SOFIA. Siempre con chanzas!

PEDRO. Haremos romances.

SOFIA. Padre!...
no son estas circunstancias...

PEDRO. Qué! ¿no te gusta ese yerno
que sale como un fantasma,
por escotillon, lo mismo
que en las comedias de mágia?

SOFIA. No es eso: yo reconozco
que hay en él prendas sobradas
para aspirar á la mano
de Julia; y esto me basta;
mas ..

PEDRO. Pues ¿qué te intranquiliza?

SOFIA. Olvida usted que esta casa
fué hoy teatro de una escena
violenta?...

PEDRO. De melodrama!

SOFIA. Por fortuna llegué á tiempo
de impedir una desgracia
entónces; pero Aguilar,
que huyó al punto de esta sala,
balbuceando confuso
no sé qué disculpas vagas,
al salir lanzó á Torrente
una siniestra mirada!

PEDRO. Yo espio á éste, y te prometo
que no cruzará las tapias
del jardin. Ahora lo tienes
en el billar, sin que nada

recuerde... y allá voy...

SOFIA. No;
deje usted que yo les haga
compañía un rato.

PEDRO. Bien.

SOFIA. Julia sigue reservada
y abatida.

PEDRO. Pobrecilla!

SOFIA. Con usted será más franca
que conmigo: vea usted
si consigue reanimarla
un poco.

PEDRO. Voy al instante.

SOFIA. Y si entre tanto llegára...

PEDRO. Descuida.

SOFIA. (Dios me sostenga
en la lucha que me aguarda!)

(Váse Sofía por la segunda puerta de la derecha; D. Pedro, acompañándola algunos pasos, no tiene noticia de la llegada de Julia, que sale por la primera de la izquierda muy abstraida, y se sienta en el confidente del mismo lado.)

ESCENA V.

D. PEDRO y JULIA.

PEDRO. (Vamos á ver si el contento
llevo á esa niña afligida...
Hétela aquí, aparecida
por arte de encantamiento!
Y qué mustia!)

(Se aproxima á Julia por detrás del confidente sin que ella lo note, y le dice casi al oido.)

Qué te pasa?

JULIA. Ah! (Repentinamente asustada.)

PEDRO. Dengosilla!

JULIA. Buen chiste!

PEDRO. Dime: ¿por qué está tan triste
el Benjamin de la casa?

JULIA. Yo triste!

PEDRO. Tú.

JULIA. No lo creas.
PEDRO. Echa ya afuera la espina:
¿piensas que no se adivina
aquí de qué pie cojeas?
Tú sientes penas morales,
cuyo orígen me figuro,
y yo te traigo seguro
remedio para esos males.
JULIA. ¡Remedio, dices!
PEDRO. Y espero
que ha de serte muy gustoso:
el tirano aquel, el oso,
se ha vuelto casamentero.
JULIA. ¡Estás loco!
PEDRO. En conclusion:
olvida ciertos agravios,
y echa esos cinco; de sábios
es el mudar de opinion.
Y como yo, por tu bien,
tu madre, que no está en bábia,
queriendo obrar como sábia,
muda de opinion tambien.
JULIA. ¡Qué muda!...
PEDRO. Sí: por no dar
á tu corazon tortura,
renuncia á ser la futura
mamá suegra de Aguilar.
JULIA. ¡De Aguilar!... (Dios santo!)
PEDRO. Justo.
JULIA. (Era cierta mi sospecha!)
PEDRO. Ya estarás, pues, satisfecha:
hay desenlace á tu gusto.
JULIA. (Ah!)
PEDRO. Despues de tanto afan,
porque acabe bien el drama,
cede el traidor, y la dama
se casa con el galan.
JULIA. Pero!...
PEDRO. Todo está conforme:
venció al fin la poesía.
El Parnaso tendrá un dia
de gala con uniforme.

Se va á armar una jarana!...
Verás: ó yo soy un bolo,
ó en el festin echa Apolo
la casa por la ventana.

JULIA. Qué desatinos conciertas!

PEDRO. Eh! Me gusta la tontuna!
Pues es floja la fortuna
que se nos entra por puertas!
Unida en lazos tan gratos
á un vate! Si es un exceso!...
Á tu lado, el mismo Creso
será un pobre pelagatos.
Trocada, por especial
encanto, en celeste hurí,
tendrás labios de rubí
y mejillas de coral;
será de plata tu frente;
tus cabellos hebras de oro;
y cada mano un tesoro,
y una perla cada diente.
Si un bostezo, á tu despecho,
tu aburrimiento pregona,
será el alba que abandona
riente el mullido lecho:
si toses acatarrada,
será el aura en su retiro;
si roncas, será el suspiro
de la flor enamorada;
y si en tu faz toma asiento
una insolente berruga,
será un astro que madruga
en medio del firmamento!

JULIA. ¿Te burlas!

PEDRO. Todo al contrario:
ya tu pasion victoriosa,
al fin vas á ser la esposa...

JULIA. ¿De Aguilar!

PEDRO. Cómo!... (Canario!)
¿De Aguilar!

JULIA. Sí!

PEDRO. De ese modo...

LIA. ¿No es esto lo que quería

mamá!

PEDRO. Bien; pero, hija mia,
tu gusto es ántes que todo;
y hay que hacerlo compatible...

JULIA. Así, pues, se le complace.

PEDRO De manera que el enlace
de que te hablo...

JULIA. Es imposible!

PEDRO. Por qué? Porque el mozo vió
que tenía por rival
un candidato oficial,
y dijo: «aquí sobro yo?»
Pues eso le honra tambien.

JULIA. (Es verdad. Pobre Fernando!)

PEDRO. Verás si viene volando
en cuanto le digan ven!

JULIA. Jamás!

PEDRO. Qué quieres decir?

JULIA. Que nunca!

PEDRO. Ya lo contemplo;
mas...

JULIA. (Él me ha dado el ejemplo,
y yo lo debo seguir!)

PEDRO. Te opones?...

JULIA. Resueltamente!

PEDRO. Pues, chica, si yo pensé
que los dos...

JULIA. Aquello fué
un pasatiempo inocente.

PEDRO. Conque de veras no hay lazo?...

JULIA. Ninguno. (Dios me perdone!)

PEDRO. Pues entónces se compone
lo esencial. Venga un abrazo!

JULIA. (Ay! no sé cómo resisto!)

PEDRO. Saludo en mi nietecilla
á la futura costilla
del moderno Montecristo!

JULIA. (Ay!)

PEDRO. Y será un disparate;
pero, á mí... vamos... confieso
que me hacía *tilin* eso
de emparentar con un vate.

JULIA. Por Dios!...
PEDRO. No; no haya rencillas.
JULIA. Déjame: yo te lo ruego!...
PEDRO. Tu gusto es ley. Hasta luégo,
perlita de las Antillas.
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

JULIA.

Adios, eden peregrino,
que soñaron mis amores!
En revuelto torbellino,
ya el cierzo arrastra las flores
que esmaltaban mi camino!
¿Cómo el dolor acallar
que siento al verlas partir!...
Ay! no me van á bastar
el alma para sentir;
los ojos para llorar!
Fernando!... Suerte crüel!
Si no podrá el pensamiento
olvidar su imágen fiel!
Si me parece que siento
vacía el alma sin él!
Y es mi madre quien condena
al pecho á tal agonía!...
Ella, tan noble, tan buena!...
El dolor la mataría
si adivinára mi pena!
No! Yo ahogaré mis enojos;
y aunque mi ser se desplome,
al llanto pondré cerrojos,
para que el llanto no asome
en el cristal de mis ojos!

ESCENA VII.

LA MISMA y SOFÍA.

SOFIA. Celebro encontrarte acá.

SULIA. (Vírgen María! Valor!)
JOFIA. Qué tal; te sientes mejor?
JULIA. Sí.
SOFIA. De veras?
JULIA. Sí, mamá;
muy bien.
(Se sientan en el confidente de la izquierda.
SOFIA. En completa calma?
JULIA. Vanas inquietudes deja.
SOFIA. Ya ningun dolor te aqueja,
ni en el cuerpo... ni en el alma?
(Julia evade la respuesta y baja la vista ocultando su emocion.)
Por qué ruborosamente
tornas los ojos al suelo?
JULIA. Sin sentir...
SOFIA. Alza su vuelo,
y mírame frente á frente.
Eres feliz?
JULIA. Muy dichosa:
ya ves... (Esforzándose por aparecer serena.)
SOFIA. Parece que sella
tu faz una leve huella
de pesar!
JULIA. Qué cavilosa!
SOFIA. Pues mejor: deseo hablar
contigo del porvenir;
y ésta, más que de sentir,
es ocasion de pensar.
JULIA. ¡De pensar... qué?
SOFIA. No lo sabes,
ni lo aciertas? Llegó el dia
en que es preciso, hija mia,
tratar asuntos muy graves.
JULIA. (Ay! sí.)
SOFIA. La dicha presente
con que ahora te recreas,
no me asegura que seas
venturosa eternamente;
y yo, por tierna ansiedad
y deber muy lisonjero,
sobre base firme quiero

sentar tu felicidad.

JULIA. Pues si mi calma codicias,
deja ese anhelo profundo:
¿qué gloria tengo en el mundo
más dulce que tus caricias?
Cuando recrean mi frente
tus ósculos maternales,
y entre dichas celestiales
hondo abrazo estrechamente
nos aprisiona á las dos;
creo—¡tanto es mi embeleso!—
que me das en cada beso
una sonrisa de Dios!

SOFIA. Hija del alma! Sí, sí;
nunca esa fe te abandone!

JULIA. No!

SOFIA. Dios en mis labios pone
su bendicion para ti!
(La besa en la frente.)

JULIA. ¿Dónde hallaré bien más fijo!

SOFIA. Pero conviene pensar...

JULIA. Mamá, no quiera turbar
ahora mi regocijo!

SOFIA. ¿Turbar!

JULIA. No es ocasion esta...

SOFIA. Corriente: lo aplazaremos
si tú quieres. (Se levantan.)

JULIA. Ya hablaremos
despues; no estoy aún repuesta;
permite...
(Manifestando deseo de retirarse.)

SOFIA. Tú dispondrás...

JULIA. Bien.

SOFIA. Pero en la urgencia insisto...

JULIA. Adios.

SOFIA. Adios. (Volviendo á besarla.)

JULIA. (No resisto
si estoy un momento más!
(Váse por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

SOFÍA.

Enferma!... Mal su candor
al fingimiento se aviene.
Enferma está; pero tiene
muy escondido el dolor!
¿Qué velo tan singular
pudo á ese afecto envolver,
que yo, ni lo ví nacer,
ni lo he visto prosperar!
Pero... vamos con prudencia:
hoy, segun me ha referido,
Aguilar y ella han tenido
una larga conferencia;
y al darme noticia tal,
noté que en aquel instante
reflejaba su semblante
una alegría especial.
Qué hay aquí? Mi entendimiento
lucha con un nuevo arcano:
¿fué aquel regocijo vano,
ó es vano ese sentimiento?
Razon mia, no te azores;
mostremos calma y cordura,
que va en ello la ventura
del amor de mis amores!
Calma!... Mas ¿cómo ¡ay de mí!
si ella del pecho se ausenta
barrida por la tormenta
que ruge escondida aquí!...
Ya cesó aquella ansiedad,
corazon, roto el encanto;
pero ¡cuánto sufres, cuánto,
al tocar la realidad!
Él, el ser cuya presencia
ví en una noche de horror,
como genio salvador
de mi ultrajada inocencia;
el hombre que yo esperé

con afan constantemente,
ya está aquí!... lo tengo enfrente!..
mas ¿para qué; para qué?...
si al hallarlo en mi camino,
él mismo muestra imposibles
mis esperanzas!... Qué horribles
sarcasmos tiene el destino!
Pero... ¿no es mi hija, ¡oh cielos!
quien dicha tanta merece?
Pues ¿qué es esto, que parece
la ponzoña de los celos!
¿Celos mi amor maternal!...
Oh! la conciencia se espanta!...
Si estoy siendo, ¡Vírgen santa!
una madre criminal!...
Tú, que al dolor acompañas,
haz que mi delirio cese!
Tiende tu manto sobre ese
pedazo de mis entrañas!
Ella alcance tu piedad,
y muera yo, Vírgen mia,
no de celos; de alegría,
al ver su felicidad!
(Cúbrese el rostro con ambas manos, demostrando la mayor amargura, y aparece Aguilar en el foro, deteniéndose un instante allí con visible emocion y respetuoso embarazo.)

ESCENA IX.

SOFÍA y AGUILAR.

SOFIA. (Él!) (Con viva y reconcentrada sorpresa.)
AGUIL. Si puede haber licencia
para quien ha delinquido...
SOFIA. Adelante. (Procurando ocultar su emocion.)
AGUIL. (Avanzando.) Arrepentido
vengo á implorar indulgencia.
SOFIA Grande es la falta!
AGUIL. Mas cuento
que usted el enojo ablande,
cuando le muestre que es grande

también mi arrepentimiento.

SOFIA. Si la enmienda me asegura,
y humilde su culpa expía. .

AGUIL. Oh! por borrarla daría
todo mi ser!

SOFIA. Qué locura!

AGUIL. Nada juzgaré extremado,
como su perdon me alcance.

SOFIA. Eche usted tierra á aquel lance,
y dése por perdonado.

AGUIL. Tal merced!...

SOFIA. Á condicion
de evitar toda pendencia!...

AGUIL. (Despues de breve vacilacion.)
Admito la penitencia.

SOFIA. Pues vaya la absolucion.
(Le ofrece la mano, que Aguilar estrecha con efusion.)

AGUIL. Gracias! Qué dulce placer!

SOFIA. Basta!... (Intentando retirarla.)

AGUIL. Ventura divina!
(Con creciente pasion y soltando despues la mano de Sofía.)

SOFIA. (Ay! este hombre me fascina!)

AGUIL. (Encantadora mujer!)
(Corta pausa, en que ambos procuran reponerse.)
Ya que con tal eficacia
usted su bondad me prueba,
permitirá que me atreva
á suplicarle otra gracia.

SOFIA. Otra!

AGUIL. No se inquiete usted:
avaro de tal tesoro,
no por mí; para otro imploro
esa segunda merced.
Y si á mí me perdonó,
espero que no condene
á quien su indulgencia tiene
más merecida que yo.

SOFIA. Veremos si es justo y cuerdo...

AGUIL. Mis conjeturas no fallan:
hay algo en que ustedes se hallan

los dos de completo acuerdo.

SOFIA. No sé ..

AGUIL. Con amor profundo
busca usted de Julia el bien.

SOFIA. Cierto

AGUIL. Pues Julia es tambien
lo que él más ama en el mundo.

SOFIA. Algo es eso, á no dudar.
Y será el favorecido?...

AGUIL. Fernando.

SOFIA. Lo he presentido
desde que empezó usté á hablar.
Y ella?...

AGUIL. Con mi ayuda fía
llegar al ansiado puerto.

SOFIA. (Vamos; ya la causa acierto
de aquella extraña alegría.)

AGUIL. Y si él logra su favor
y ella es feliz con amarle,
Condesa, no hay sinó darle
la bendicion á ese amor;
pues yo á tan digno rival
le debo ceder la palma,
ántes que tubar la calma
de esa niña angelical.

SOFIA. Pero usted de esa manera
ayuda á su propio duelo!

AGUIL. Para mí ya en este suelo
no hay dicha más lisonjera!
Deje usted, pues es fatal
la estrella que me preside,
que en el bien ajeno olvide
breve espacio el propio mal.

SOFIA. Pero eso... no puede ser:
allí donde golpe aleve
mató una esperanza, debe
otra esperanza nacer!

AGUIL. ¿Para qué!

SOFIA. Para sentir,
bajo su sombra apacible...

AGUIL. El tormento indescriptible
de verla un dia morir!...

No! Basta ya de soñar
vanas quimeras! Deshecho
el encanto de mi pecho;
seguro de no alcanzar
otro bien, mis penas son
mi sola y fiel compañía;
sin ellas ¡ay! estaría
desierto mi corazon!

SOFIA. Desierto!

AGUIL. Desierto, sí!

SOFIA. Por qué usted no ha de intentar
fuera de aquí recobrar
la dicha que pierde aquí?

AGUIL. (Fuera!)

SOFIA. Querer es poder;
cuando con teson se aspira.

AGUIL. (¿Qué genio enemigo inspira
la mente de esta mujer!)

SOFIA. Julia no es una deidad:
habrá mil que la eclipsáran
y que á usted sacrificáran
gozosas su libertad.

AGUIL. Pues... ya decirlo es preciso:
adoro un ser en la tierra,
y tambien ese me cierra
las puertas del paraiso!

SOFIA. (Ah!)

AGUIL. Por un fatal error,
cuando á la gracia aspiré
de Julia, matar pensé,
Condesa, este loco amor.
Hoy, al mirar hecha trizas
mi ilusion, fiero y potente
renace súbitamente
de sus mentidas cenizas,
no á calmar mi angustia horrible,
sinó á acrecer mi martirio;
que este amor es un delirio,
reflejo de lo imposible!

SOFIA. (Ay de mí!)

AGUIL. Me alucinó
una sombra engañadora!

SOFIA. (Si él un imposible adora,
¡Dios santo! ¿qué adoro yo!)
AGUIL. Condesa, fallado está
mi destino sin remedio.
SOFIA. Acaso habría algun medio...
AGUIL. Ayer; hoy... es tarde ya!
SOFIA. Tarde!
AGUIL. Sí, y harto me pesa!
Pero estamos olvidando
que en breve debe Fernando
llegar. Yo espero, Condesa,
que acoja usted sin rigor
su pretension.
SOFIA. Aguilar!...
AGUIL. Se lo ruego!
SOFIA. Puede estar
tranquilo el intercesor.
AGUIL. Gracias!
SOFIA. Digno proceder!
Mas yo deploro...
(Aparece Fernando en el foro.)

ESCENA X.

LOS MISMOS y FERNANDO.

FERN. Señora!...
AGUIL. (Él.)
SOFIA. Adelante. Ya es hora
de que se deje usted ver.
FERN. Condesa!...
SOFIA. No haga usté alarde
de humildad. Cree si es justo
que le perdone el disgusto
que nos ha dado esta tarde?
FERN Oh! nunca hubiera supuesto...
SOFIA. ¿Le habrá inspirado aquel paso?...
FERN. La conciencia de mi escaso
valer.
AGUIL. (Á Sofia.) Siempre tan modesto.
FERN. Oh!...
OFIA. Ya sé que no hay doblez;

pero es chistosa ocurrencia...
Felizmente, su conciencia
se ha equivocado esta vez.

FERN. Noble Condesa! (Con íntima gratitud.)

SOFIA. Es decir...
esta es mi opinion aislada:
falta que otra interesada
decida... y va á decidir.

(Salen Julia y D. Pedro por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, JULIA y D. PEDRO.

JULIA. (Él! (Bajo á D. Pedro.)

PEDRO. Pues.)

SOFIA. Hija mia, ven:
estamos aquí tratando
de la falta en que hoy Fernando
ha incurrido.

JULIA. Sí...

SOFIA. Pues bien;
vas á dictar su sentencia.

JULIA. Yo!...

SOFIA. Tú.

PEDRO. (Bajo á Julia.) Larga la andanada!

JULIA. Pero!...

(Aguilar se coloca disimuladamente al lado de Julia y le dice casi al oido:)

AGUIL. No hay que temer nada.

JULIA. (Este hombre es mi Providencia!)

SOFIA. No hagas al reo penar;
habla.

FERN. Yo á acatar me obligo...

JULIA. (Con rubor.) Pues le impongo por castigo...
que no se vuelva á marchar!

SOFIA. (Á Fernando.)
Oye usted?

FERN. Lleno de gozo!

PEDRO. (Cuerno!)

SOFIA. Para que observemos

si lo cumple, le daremos
la casa por calabozo.

JULIA. ¡Qué! (Con repentina alegría.)

PEDRO. (Y está hecha un alajú!)

SOFIA. Y por si acaso no doma
aquellos resabios, toma,
y ponle los grillos tú.
(Conduce de la mano á Fernando al lado de Julia y enlaza las de ambos, que ellos se estrechan con pasion.)

JULIA. Fernando!

FERN. Mi bien amado!

PEDRO. Celebro .. (Aproximándose á ellos.)

JULIA. (Bajo á D. Pedro.) (No hay quien resista
tus bromas!

PEDRO. Soy muy bromista,
mucho!) (¿Si estaré chiflado!)

JULIA. Cuánta ventura!

SOFIA. Al señor, (Por Aguilar.)
en parte, la habrás debido.

FERN. Sí, Julia mia, él ha sido
nuestro noble protector...
y no es feliz!

JULIA. Aguilar!
(Pasando rápidamente al lado de éste con cariñosa interés.)

SOFIA. (¡Ay!)

AGUIL. (Á Julia.) Una broma...

JULIA. No obstante,
algo muestra ese semblante,
que indica oculto pesar!
¡Usted siente penas!

AGUIL. No!...

FERN. Sí, Julia!

JULIA. Vírgen María!
Cuánta fuera mi alegría
si las endulzara yo!

SOFIA. (Qué suplicio!)

JULIA. (Excitándole á que hable.) Por Dios santo!...
Estaba yo tan contenta!...

AGUIL. (Oh!...) (Enternecido.)

JULIA. (Sentido y candoroso.)

¿Por qué no me las cuenta
á mí, que le quiero tanto!

SOFIA. (Reconviniéndola con dulzura, tambien enternecida y en lucha interior con sus sentimientos.)
Julia!...

JULIA. (Á Sofía.) ¿Pero tú no ves!...
(Á Aguilar.) En fin... si no lo merezco...

AGUIL. Sí, Julia: yo le agradezco
con el alma ese interés,
y siento hacerles testigos,
pues harto mal lo aprisiono,
del pesar con que abandono
tan cariñosos amigos.

SOFIA. (¿Qué oigo!) (Vivamente sobresaltada.)

JULIA. ¿Que nos va á dejar!

AGUIL. Por un tiempo ilimitado!

SOFIA. (¡Ah!) (Con amargura y abatimiento.)

JULIA. Dios mio!

FERN. (Se ha inmutado!...
(Aludiendo á Sofía, á quien observa atenta y disimuladamente.)
Seguro estoy de triunfar!)

JULIA. Abandonarnos! Por qué?
Qué repentino motivo?...

AGUIL. Con rumbo al suelo nativo,
en breve un adios daré
á las playas españolas!

JULIA. ¿Y no le inspira temor
el exponerse al furor
de las irritadas olas!

AGUIL. No!

JULIA. ¿Qué haré yo, Vírgen santa!...
Tú, mamá... préstame ayuda!...

SOFIA. (Á Aguilar.) Sí... dice bien... (Ay! se anuda
el acento en mi garganta!)

JULIA. ¡Abuelito!... (Siempre invocando ayuda.)

PEDRO. (Á media voz.) (Estás lucida!)

JULIA. Fernando?... usted... por favor!...

FERN. No hay que alarmarse: el señor
renunciará á su partida.

AGUIL. No!

FERN. (Bajo á Aguilar.) (¿Tiene usted la evidencia

de que es ella?...

AGUIL. Mi tormento
lo dice bien!)

FERN. (Alto á todos.) Un momento
de atencion!

AGUIL. (¡Vana insistencia!)

FERN. De una dama defensor,
mal herido y desangrado,
yacía un hombre postrado
en el lecho del dolor.

(Movimiento de conmocion en Sofía y Aguilar. Fernando observará de vez en cuando el efecto que su relacion produce en ambos, marcando bien las frases que más directamente les puedan impresionar. D. Pedro y Julia la escuchan con interés, mostrando esta última, á medida que la va oyendo, serle ya de antemano conocida.)

SOFIA. (Cielo!)

FERN. Aquel hombre, si ingrata
no es hoy la memoria mia,
luchaba con la agonía
á bordo de una fragata.

SOFIA. (¿Qué!)

FERN. De su infausto destino
sólo tenía la clave
el capitan de la nave,
franco y honrado marino,
con un alma angelical,
que dia y noche al paciente
velaba constantemente
lleno de amor paternal.

JULIA. (Sí!)

FERN. La dama, que al olvido
su estado y nombre no daba,
prudentemente ocultaba
su interés por el herido;
mas con gran solicitud
y hondo afan, dia por dia,
hora por hora, tenía
noticias de su salud.

AGUIL. (¡Ah!) (Dirigiendo á Sofía una mirada de gratitud.)

FERN. Tras un plazo no largo

la nave á tierra abordaba,
y áun el enfermo se hallaba
en delirante letargo.
Allí, con ménos rebozos,
quizá, que interés prolijo,
al buen marino le dijo
la dama ahogando sollozos:
«En toda accion meritoria
»Dios un galardon encierra:
»la que usted labra en la tierra
»tendrá su premio en la gloria!
»No deje usted que el doliente
»se vea desamparado:
»salve usted, con su cuidado,
»la vida de ese inocente!
»Y sepa ya, por si infiel
»recelo le asalta el pecho,
»que es honrado mi derecho
»á interesarme por él.»

PEDRO. Bravo!

SOFIA. (Mas ¿quién le contó!...)

FERN. «Si usted tiene amante esposa,
»será, como yo, piadosa;
»será pura, como yo:
»lleve usted á su virtud,
»de fiel homenaje en prenda,
»esta delicada ofrenda
»de mi eterna gratitud.»
Y con manos vacilantes
hízole depositario
de un pequeño relicario
guarnecido de brillantes,
que el marino á venerar
llegó con hondo respeto,
como bendito amuleto
contra las iras del mar.

PEDRO. Oiga!

JULIA. (Todo igual!)

SOFIA. (Ay, triste!)

FERN. (Á Aguilar.) Sí, ciegamente obstinado,
en marchar de nuestro lado
usted todavía insiste...

(Saca del pecho el relicario, unido al extremo de una cadenita de oro que lleva prendida al cuello.)

JULIA. No, señor! (Tratando de interponerse.)

SOFIA. (¿Qué es lo que intenta!)

FERN. Aquí está la joya santa
con cuya virtud se espanta
al génio de la tormenta!
Sólo á usted ofrecería
presente tan raro y bello:
diez años lo tuvo al cuello
la madre del alma mia!

(Con solemnidad y besando el relicario respetuosamente.)

PEDRO. Diantre!

JULIA. ¡Qué!

AGUIL. Sorpresa grata!

FERN. Mi padre!...

(Dirige al cielo una expresiva mirada.)

SOFIA. (Cielo divino!)

FERN. Era aquel noble marino,
capitan de la fragata!

AGUIL. Deje usted que estrecho lazo
su recuerdo solemnice!

SOFIA. (Dios de piedad!)

FERN. Él bendice
desde la gloria este abrazo!

(Aguilar y Fernando permanecen un instante confundidos en un tierno abrazo; Julia, conmovida, se vuelve como á hablar á D. Pedro; éste, tratando de ocultar la emocion que la embarga, le dice con voz algo brusca y desentonada:

PEDRO. (Ánimo!

JULIA. Vaya unos fieros!
Pues tú!...)

PEDRO. (Por cualquier cosilla
hace esta chiqui... chiquilla...
pu... puche... puche... pucheros!)

(Gimoteando á pesar suyo.)

AGUIL. Noble alma!

FERN. Padre querido!
Cercano al último trance,
él me contó el triste lance

que yo ahora he referido.

JULIA. Y usted despues?...

FERN. En su trama,
bien disfrazado algun punto,
hallé novelesco asunto
para escribir ese drama.

PEDRO. Calle!

JULIA. (Á D. Pedro.) Pues.

FERN. Feliz seré
si hoy á la suerte le place
que tenga aquí desenlace
mejor que el que yo ideé.

JULIA. Aquí! (Á D. Pedro.)

SOFIA. (Mortal inquietud!)

AGUIL. (Nada!)
(Despues de una escudriñadora mirada á Sofía.)

PEDRO. (Bajo á Julia.) Siga la tramoya!

FERN. Aún puede obrar esta joya
milagros de su virtud.
(Á Julia, dándole el relicario.)
Sea usted quien al señor
ofrezca el presente rico.

JULIA. Fernando!... (Resistiendo aceptarlo.)

FERN. Se lo suplico
en nombre de nuestro amor;
(Julia recibe el relicario, y al fijar un instante la vista en él, se manifiesta vivamente sorprendida.)

JULIA. Ah!.. yo he visto alguna vez!...

PEDRO. Qué? (Con sencilla curiosidad.)

JULIA. Sí!... (Procurando recordar.)

SOFIA. (Momentos aciagos!)

JULIA. Me asaltan no sé qué vagos
recuerdos de mi niñez!...

SOFIA. (Harán que al pecho taladre
la pena!)

JULIA. Mira. (Dando el relicario á D. Pedro.)

PEDRO. Canario!

FERN. (Bajo á Aguilar, que muestra grande inquietud.)
Calma!

PEDRO. Si es el relicario
que yo regalé á tu madre!

JULIA. Tú!... Pero ¿cómo se explica?...

PEDRO. Fué mi regalo de boda!
Ven aquí!
(Á Sofía, trayéndola á primer término.)
SOFIA. (Mi sangre toda
se hiela!)
PEDRO. ¿Qué significa!...
SOFIA. Padre!...
PEDRO. ¡La dama de á bordo?...
SOFIA. Por piedad!... (Rompiendo en llanto.)
PEDRO. Desventurada!
¿Fuiste tú!
JULIA. (Arrojándose al cuello de Sofía.)
Madre adorada!
PEDRO. (Ya ha estallado el trueno gordo!) (Conmovido.)
AGUIL. (Ap. con Fernando.)
(¿Ve usted! (Señalando á Sofía.)
FERN. El llanto que vierte
nuncio es de paz bienhechora!)
PEDRO. Vamos!... no hay motivo ahora (Á Sofía.)
para que estés de esa suerte!
JULIA. Mamá!...
(Enjugando cariñosamente el llanto á Sofía.)
PEDRO. Otelo mayor
que el difunto, que Dios guarde!...
SOFIA. Él tambien, aunque algo tarde,
al fin conoció su error.
PEDRO. Sí; despues que á un inocente
le arrancó airado la vida!
FERN. No, don Pedro; aquella herida
se curó.
PEDRO. Cielo clemente!
¿Vive aquel hombre!
FERN. Sí á fe.
PEDRO. Dónde está? Corro á buscarlo!
SOFIA. Padre!...
PEDRO. Que quiero abrazarlo!
FERN. Pues bien: abrácele usté!
(Echa á Aguilar en brazos de D. Pedro.)
PEDRO. Aguilar!
SOFIA. (Madre de Dios!)
PEDRO. Apriete usted!
JULIA. (Acercándose.) Qué alegría!

PEDRO. Abrázale tú, hija mia! (Á Julia.)
Toma!... abrazadle las dos!
JULIA. Sí!... sí!... (Abraza tiernamente á Aguilar.)
PEDRO. Bien, Fernando, bien!
(Estrechándole la mano.)
Firme! que no se desmanda. (Á Julia.)
AGUIL. Julia... (Con dulce gratitud.)
PEDRO. (Á Sofía.) Vamos, mujer!... anda
y abrázale tú tambien!
(Acercándola á Aguilar.)
SOFIA. Aguilar!... (Siempre con visible turbacion.)
PEDRO. (Habrá simplona!)
SOFIA. Mi gratitud!... (Tendiéndole una mano.)
PEDRO. (Voto,va!...)
AGUIL. (¡Gratitud!)
JULIA. (Á Aguilar.) Ahora ya
si que no nos abandona!
AGUIL. Es fuerza!
JULIA. ¿Vuelta al desliz!
(Á Sofía.) Á ver si á tu ruego atiende.
SOFIA. No espero...
FERN. (Bajo á Sofía.) (De usted depende
la suerte de un infeliz!
SOFIA. ¿Qué!)
JULIA. Nos deja como á extraños!
FERN. (Id.) Oculto en el alma lleva
un amor inmenso á prueba
de la ausencia y de los años!
SOFIA. (Justo Dios!)
JULIA. Vamos, mamá!...
Mira que el caso es muy grave!
SOFIA. Sí...
JULIA. Mucho!
SOFIA. Pero... ¿quién sabe
si así se lo exigirá...
algun secreto y profundo
afecto?...
JULIA. No.
AGUIL. (Suerte fiera!)
JULIA. Verdad que de esa manera
no ama usté á nadie en el mundo?
AGUIL. Ah!... sí!

(Despues de una expresiva mirada á Sofía.)

JULIA. No me desespere!

AGUIL. Hondo amor aquí se entraña!...
(Marcando más cada vez su alusion á Sofía.)
Mas este amor... en España
nació, y en España muere!

FERN. (Bajo á Sofía.) ¿Qué tal!

AGUIL. *Decirlo es preciso:*
adoro un ser en la tierra;
pero ese ser...
(Una nueva y más expresiva mirada que dirige á Sofía, acaba de decidir á ésta, que le tiende una mano, diciéndole con íntimo gozo y marcada intencion.)

SOFIA. *No le cierra*
las puertas del paraiso!

AGUIL. Oh!
(Estrechando con amorosa vehemencia la mano de Sofía.)

FERN. Bravo!

PEDRO. (Yo estoy suspenso!)

AGUIL. Tal dicha!

FERN. (Gané la palma!)

SOFIA. Es una denda que el alma
paga con júbilo inmenso!

JULIA. ¿Cómo!

PEDRO. Todo se concilia.

JULIA. Será posible que acceda?...

PEDRO. No lo estás viendo? Se queda
incrustado en la familia.

JULIA. (Á Aguilar.) ¿Al fin!... Ya es otra esa faz!

AGUIL. Hoy recobro el bien perdido:
(Á Fernando.)
á usted debo tan cumplido
favor! (Con un cariñoso apreton de manos.)

FERN. Estamos en paz.
(Toma el relicario de manos de D. Pedro y ofréceselo á Sofía.)
Ruego á usted, Condesa...

SOFIA. Á mí!...
Pues qué! no es esto más cuerdo?
(Admitiendo el relicario y prendiéndolo al cuello

de Julia.)

FERN. ¿En quién mejor el recuerdo
de la madre que perdí!
(Estrechando con efusion la mano de Julia.)

JULIA. Oh! qué dulces emociones!

FERN. Dichosa el alma respira!

PEDRO. Mira, mira, mira, mira!...
(Llevándose el índice derecho á la mejilla, como mostrando lágrimas.)

JULIA. Abuelo!...

PEDRO. Como limones!

SOFIA. Padre!...

PEDRO. Se irá como vino:
déjalo libre correr.

AGUIL. (Bajo á Sofía.)
(Qué alma de oro!)

PEDRO. (Á Julia y Fernando.) Conque, á ver:
que quiero ser yo el padrino!

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS, TORRENTE, ALFREDO y el BARON.

TOR. (Á D. Pedro.)
Nunca!

PEDRO. ¿Cómo!

TOR. Nadie intenta
turbar con un duelo el gozo...

PEDRO. Aha! ya. (Pues es este mozo
el enano de la venta!)

TOR. Sería una ingratitud!...

SOFIA. Sí.

ALF. (No dije?)

PEDRO. (Patarata!)
(Bajo á Alfredo.)
(Oiga usted: los que este mata...

ALF. Gozan de buena salud.)
(Alto.) Pero ustedes rebosando
están alegría pura!

SOFIA. Debemos tanta ventura
al drama del buen Fernando.

ALF «¿La paz del claustro!» Pues, hombre,

ya estoy ansiando juzgar...
SOFIA. Antes le habrá de cambiar
el desenlace y el nombre.
FERN. Sí haré.
ALF. Pues qué razon media?...
SOFIA. Un capricho de la dama,
á quien place más que un drama
una agradable comedia.
Y ya que, por varios modos,
nos brinda dias serenos,
aunque el título es lo ménos
si acaba á gusto de todos;
pido, pues no es ilusoria,
que la comedia presente
se llame sencillamente:
EPÍLOGO DE UNA HISTORIA.

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos